GUERRA Y REGALISMO A COMIENZOS DEL REINADO DE CARLOS III: EL FINAL DEL MINISTERIO WALL*

por

DIEGO TÉLLEZ ALARCIA
Universidad de la Rioja

RESUMEN: *D. Ricardo Wall es una de las figuras olvidadas del s. XVIII español. Francés de nacimiento (Nantes, 1694), aunque irlandés de linaje, se sintió profundamente identificado con su país de adopción. Tras una larga carrera militar en la que sirvió a las armas de Felipe V y tras su paso por la embajada de Londres (1747-54), en representación de Fernando VI, guió la nave de la monarquía española desde 1754, año en que sustituyó a Carvajal al frente de la Secretaría de Estado y en el que Ensenada fue exonerado en extrañas circunstancias, hasta 1763, año en que fue aceptada su dimisión. A caballo por tanto entre Fernando VI y Carlos III, es una pieza clave para entender el cambio y la continuidad entre ambos reinados. Analizaremos en las siguientes líneas las verdaderas causas que indujeron a un anciano Wall a pedir el retiro aquel verano de 1763, en el contexto de la política hispana de la primera parte del reinado de Carlos III.*

PALABRAS CLAVE: Ricardo Wall. Carlos III. Tercer Pacto de Familia. Guerra de los Siete Años. Tratado de París. *Exequatur Regium*. Regalismo. Soto de Roma.

ABSTRACT: *Mr. Richard Wall is one of the forgotten figures in the history of the Spanish eighteenth century. Born in France (Nantes, 1694), but with Irish roots, he always felt himself Spanish, and identified with his country of adoption and its people. After a long military career, in which he served the army of Philip V, and after his employment in London as Spanish Ambassador (1747-54), he guided the monarchy as Minister of State from 1754, when he substituted Carvajal and Ensenada fell, to 1763. Lying between Ferdinand VI and Charles III, he is the key element in un-*

* Este artículo está incluido dentro del proyecto de investigación «El Ensenadismo: el grupo de poder de Ensenada y la oposición antiensenadista», patrocinado por el I Plan Riojano de I+D (Consejería de Educación, Cultura, Juventud y Deportes de La Rioja), la U.R. y el MC y T.

derstanding the change and the continuity between these kings and their policies. We will analyze the causes that made Wall, as an old man, ask for his retirement in the summer of 1763, in the context of the first period of Charles III's kingdom.

KEY WORDS: Richard Wall, Charles III, Third Family Compact, Seven Years War, Treaty of París, Exequatur Regium, Regalism, Soto de Roma.

Después de diez turbulentos años al frente de la secretaría de Estado y más de cuarenta de servicios a la monarquía, D. Ricardo Wall se separaba, en 1763, definitivamente de los altos cargos de la administración, para retirarse al Soto de Roma, en Granada, donde fallecería más de una década después, en las Navidades de 1777.

Es irónico que uno de los artífices del destierro del «En sí nada» acabase como aquel, en la «Gran Nada». Sin embargo las maneras fueron radicalmente distintas. Wall se fue con la cabeza alta, con su albedrío intacto y con las alabanzas, ciertas o no, tanto del rey como de sus colaboradores más cercanos. Su marcha no fue una fractura traumática para la maquinaria del Estado, como lo fue la inmensa sacudida que produjo la detención y exilio del marqués. Y lo que también es importante, Wall mantuvo unas jugosas prebendas económicas que le permitirían vivir desahogadamente mientras que, diez años antes, los bienes de Ensenada habían sido expropiados y meticulosamente inventariados por aquel que ahora se empeñaba en compartir análogo lugar de descanso.

Además los talentos de uno y otro eran absolutamente encontrados. Mientras el marqués y su camarilla se aferraba a la esperanza de volver al poder algún día, y no eran pocas las intentonas para lograrlo, a Wall no se le pasaba por la cabeza la idea de cargar de nuevo con tan pesadas obligaciones. Ambos eran grandes cortesanos, pero la vida había colmado las mesuradas ambiciones del viejo «caballero», mientras Ensenada aún se dedicaría durante unos años a la conspiración y a su tan querido «disimulo». De ahí los turbios sucesos de 1766, de los que el marqués a punto estuvo de sacar partido¹. La diferencia fundamental entre los finales de sus respectivos ministerios radica en que el de Ensenada fue una «caída», mientras que el de Wall fue una dimisión, forzada o no, cuestión que trataremos de desvelar.

El ministerio de Wall, inaugurado a partir de la muerte de Carvajal en 1754, fue un prodigio de supervivencia política. Accedió al cargo gracias a todo un conglomerado de factores condicionantes que hicieron de él una marioneta de intereses superiores. Así la conjura inglesa, la manipulación de Huéscar, las intrigas del partido «español» para evitar que Ensenada se hiciera dueño y señor de la situación, colocando a otra hechura en el cargo (Ordeñana era

¹ GOMEZ URDAÑEZ, J. L.: *El proyecto reformista de Ensenada*, Lérida 1996, pp. 172-173.

el aspirante más serio)² o el apoyo de otros magnates como Valparaíso. La lucha que se desató por cubrir la baja del viejo ministro se jugó sobre todo en los rincones más íntimos de la corte, aquellos a los que muy pocos tenían acceso y que convertían en muy apreciados determinados oficios junto al rey por la posibilidad de influir en la regia voluntad³. Dentro de la *Domus Regia* el dualismo no era menor que en el resto de la corte. Allí estaba el confesor real, el P. Rávago, considerado parcial a Ensenada, allí estaba la reina, y, sobre todo, allí se encontraba el duque de Huéscar, recién nombrado Mayordomo Real.

De esta forma la primera batalla política de Wall no fue librada por él en persona, sino que fue, una vez más, Huéscar quien, como venía realizando desde que se conocieran en las campañas italianas de 1743-46, procurara el beneficio de su amigo⁴. El duque ejercía interinamente la secretaría de Estado y presionaba al rey para que realizase el nombramiento definitivo de Wall. El objetivo que tenía en mente trascendía este nombramiento: su inquina para con Ensenada era pública desde hacía meses. Tal vez por eso necesitaba a Wall: para, juntos, acorralar al rey. Poco antes de que llegase a Madrid le escribía:

«Amigo mío: Despacho a V. E. este correo (...) para que me le devuelva con el aviso del día que discurre llegar aquí a fin de que yo salga a recibirle para que hablemos un poco antes de llegar a este R. Sitio...»⁵.

¿Pretendía poner sobre aviso a su amigo de los últimos acontecimientos y planes con respecto al marqués sin la presencia del rey? Efectivamente poco después se enfrentaron a la crisis general de la administración con el *affaire* Ensenada. En él Wall protagonizó un papel estelar junto al embajador inglés, sir Benjamin Keene, Valparaíso y, como no, Huéscar. Para la mayor parte de los historiadores que han tratado el tema, Keene era la auténtica cabeza del complot, manipulando a los conspiradores españoles⁶. Con respecto a este episodio es inspiradora la conclusión a la que llega Gómez Urdáñez:

² Sobre Ordeñana consulté el trabajo: GONZALEZ CAIZAN, C.: «La biblioteca de Agustín Pablo de Ordeñana» en *Brocar*, 21 (1997), pp. 227-268.

³ Ver ELIAS, N.: *La sociedad cortesana*, Madrid 1982.

⁴ Huéscar fue el artífice del lanzamiento de la carrera diplomática de Wall. Lo recomendó a su amigo Carvajal, por aquel entonces principal ministro de Fernando VI: «mira que en el ejército tienes una cosa muy buena que es Wall». Huéscar a Carvajal, 14 de mayo de 1747, en OZANAM, D.: *La Diplomacia de Fernando VI*, Madrid 1975, p. 118. Las transcripciones de textos en este artículo se realizarán con corrección ortográfica.

⁵ Huéscar a Wall, 14 de mayo de 1754, Archivo Histórico Nacional (en adelante A.H.N.), *Estado*, 2.499.

⁶ COXE, G.: *España bajo el reinado de la casa de Borbón, desde 1700 en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, 4 tomos, Madrid 1846; RODRIGUEZ VILLA, A.: *Don Zenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada. Ensayo biográfico*, Madrid 1878; LYNCH, J.: *El Siglo XVIII*, Barcelona 1991, pp. 166-167 u OLAECHEA, R.: «Política eclesiástica del gobierno de Fer-

«Es una paradoja más de nuestro siglo XVIII: un gobierno que había profundizado como ningún otro en la política «nacional» y que había logrado dificultosamente la autonomía en una política exterior de equilibrio, cayó por intereses extranjeros, bien que manejados desde el interior, tanto a causa del resentimiento personal como por intereses políticos todavía ocultos o, al menos, desdibujados (...) Hasta entonces (...) era Francia quien ponía y quitaba ministros (...) Ahora había sido Inglaterra»⁷.

¿Quien manipuló a quien? ¿Inglaterra a los conspiradores hispanos? ¿O tal vez fue al contrario? Esta conclusión destaca equilibradamente el papel de ambos factores.

El segundo equipo ministerial de Fernando VI fue liderado por Wall (Estado)⁸ y contó con el propio Valparaíso (Hacienda), con Arriaga (Marina e Indias) y con Eslava (Guerra)⁹. Huéscar se mantenía en la sombra, ejerciendo su influencia a través de su puesto de Mayordomo Real. A pesar del destierro del marqués, el ensenadismo continuaba vivo, como demostraba la resistencia de Rávago en su puesto o la presencia de otros oficiales en embajadas y secretarías. Los cuatro años siguientes contemplaron la dura lucha de D. Ricardo, tratando de consolidar su posición frente a los grupos desairados tras la pérdida de Ensenada, que eran principalmente los colegiales, los jesuitas y las hechuras ensenadistas¹⁰.

En 1758, la supervivencia de Wall como político tomó una nueva dimensión. Los conflictos con los tradicionales enemigos faccionalistas quedaron en un segundo plano ante la grave depresión del rey, tras la muerte de Bárbara de Braganza. Wall fue uno de los pocos cortesanos y menos políticos que se desplazaron con Fernando a Villaviciosa para asistir al lento declive de casi un año del monarca¹¹. Y mientras la fuente máxima del poder en el reino agonizaba paralizándolo todos los negocios, Wall mantenía el precario equilibrio de la lealtad al todavía vivo rey, mientras se procuraba la supervivencia con el que era máximo candidato para la sucesión a corto plazo, el entonces rey de Nápoles,

nando VI» en *La época de Fernando VI*, Oviedo 1981, p. 183. Sobre este respecto es cita ineludible GOMEZ URDAÑEZ, J. L.: *El proyecto...*, pp. 126-154.

⁷ GOMEZ URDAÑEZ, J. L.: *El proyecto...*, p. 131.

⁸ Sobre la política exterior dirigida por Wall en este periodo ver OZANAM, D.: «La política exterior de España en tiempo de Felipe V y Fernando VI» en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXIX-1, Madrid 1985, pp. 676-699.

⁹ Eslava fue testigo de Wall en las pruebas de limpieza de sangre que se practicaron al irlandés cuando ingresó en la Orden de Santiago en 1737. Ambos se conocieron en la campaña de Sicilia en 1718: «(Eslava) dijo lo siguiente: que conoce muy bien por espacio de dieciocho años, poco más o menos a Dn. Ricardo Wall...», A.H.N., *Ordenes, Santiago*, 9.020.

¹⁰ Los principales contingentes entre el ensenadismo y el segundo equipo ministerial liderado por Wall aparecen perfectamente resumidos en OLAECHEA, R.: «Política eclesiástica...», pp. 188-225.

¹¹ Estancia que puede conocerse magníficamente a través de Archivo General de Simancas (en adelante A.G.S.), *Estado*, 6.090.

futuro Carlos III de España¹². Es por consiguiente en el «año sin rey» cuando mejor podemos observar el mimetismo político y cortesano del ministro, así como sus capacidades y su resistencia a las presiones. Satisfecho con su papel en el interregno, Carlos mantendría y ampliaría su confianza en él a partir de 1759 (era nombrado secretario de Estado, sustituyendo al fallecido Eslava, y consejero de Estado). El poder de Wall alcanzaba su cenit.

Cuatro años le quedaban al frente de los negocios de la monarquía hispana, años que no estarían exentos de problemas. Las relaciones con Inglaterra y Francia, el Tercer Pacto de Familia, la intervención en la Guerra de los Siete Años, la pérdida de La Habana y Manila, la controvertida política religiosa... Sin embargo, ¿cuál fue el auténtico gran obstáculo que Wall no pudo vencer para perpetuar sus servicios al rey?

1. EL ASCENSO AL TRONO DE CARLOS III

Carlos III llegaba a Madrid el 9 de diciembre de 1759, rey de España desde el 10 de agosto y en territorio español desde su desembarco en Barcelona el 17 de octubre. Para D. Ricardo el nuevo monarca no era un extraño ya que llevaba más de un año despachando con él o con sus colaboradores, sobre todo con su secretario de Estado en Nápoles, Bernardo Tanucci, con motivo de la salud de su hermanastro. Ello, sin embargo, no parecía asegurar totalmente su continuidad ante los rumores generalizados de cambios ministeriales, como la llegada de Esquilache o la rehabilitación de Ensenada¹³.

Debido a estas circunstancias tuvo que adaptarse a la nueva coyuntura que incluía algunos cambios, importantes en la *Domus Regia*, más puntuales en la administración y en la red diplomática¹⁴. No supuso una ruptura revolucionaria puesto que se mantenía, entre otros, al principal responsable de las dos últimas, pero tampoco una ciega continuidad. Así la entrada de hombres como el duque de Losada o como fray Joaquín Eleta, sumiller y confesor real respectivamente, Esquilache en la secretaría de Hacienda¹⁵, la confirmación de Fuentes (1760) y la promoción de Grimaldi (1761) en las embajadas de Londres y Pa-

¹² Véase MATEOS DORADO, D.: «La actitud de Carlos III durante el año «sin rey» (1758-59)» en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, Tomo I, *El rey y la monarquía*, Madrid 1989, pp. 299-321.

¹³ La incierta situación es descrita en ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado*, 2 tomos, Madrid 1979, Tomo I, p. 269.

¹⁴ Sobre la entronización de Carlos III: PEREZ SAMPER, M. A.: «El rey y la Corte. Poder y ceremonia. Un ejemplo: el ascenso al trono de Carlos III» en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, Tomo I, *El Rey y la Monarquía*, Madrid 1989, pp. 551-568.

¹⁵ Real Orden del 8 de diciembre de 1759. A.H.N., *Estado*, 2.901.

rís. También la rehabilitación de Ensenada¹⁶. Y por supuesto las reinas: la madre, Isabel de Farnesio, rehabilitada y regente hasta la llegada de su hijo, y la esposa, María Amalia de Sajonia. Así Wall tuvo que acostumbrarse a la presencia de la reina:

«(...) como estaba muy cansada me metí en la cama. Wall hizo saber al rey que debía decirle algunas cosas, lo hizo entrar y a la cabecera de mi lecho tuvo lugar la conferencia, como tantas veces contigo y ayer por la tarde se hizo lo mismo con Arriaga»¹⁷.

Otros hombres fuertes del reinado anterior desaparecieron o perdieron influencia. Así el duque de Alba, antes de Huéscar, que no gozaba de las simpatías del nuevo rey. De hecho no fue a recibirlo a Barcelona, como la inmensa mayoría de la aristocracia, y, aunque mantuvo su puesto, no disfrutó ni de la confianza ni del aprecio del monarca¹⁸. Otro personaje que sufrió las consecuencias del cambio fue Farinelli. Todavía desde Nápoles, Carlos III advertía de sus deseos al respecto. Y Wall obedecía:

«A este sujeto, a quien apenas traté durante su valimiento, le he tratado después que le han abandonado los que más le buscaban, como suele suceder en las cortes (...) me ha persuadido de que no tardará en irse a Italia»¹⁹.

Sin embargo, uno de los hombres de confianza de Carlos III, con el que Wall tendría que relacionarse forzosamente, no era, estrictamente, un sirviente directo de España, sino de su hijo, el joven heredero de la corona de Dos Sicilias. En la práctica ésta continuaba siendo gobernada por Carlos III desde España, precisamente a través de este personaje, Tanucci, y del consejo de regencia. D. Bernardo Tanucci y D. Ricardo mantenían correspondencia desde el episodio del «año sin rey». Fue precisamente la actuación y el talante de Wall durante esa etapa los que le procuraron la amistad del rey y la de su anterior

¹⁶ Sobre la capacidad de adaptación de Wall tenemos una prueba más con la reaparición del marqués en la escena cortesana. Se volvía a conspirar, pero los apoyos del ministro eran sólidos: «Los enemigos de Wall habían esparcido sospechas sobre su conducta pero la reina le defendió, diciendo que se había portado con gran desenvoltura». No estaba a la altura sin embargo el duque de Alba, el gran perjudicado del cambio de monarca: «no así Alba, que la mañana en que apareció Ensenada parecía que iba a darle un accidente, y era tanto el temblor que tenía, que no pudo llegar a abrir una carta», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado de Carlos III*, 4 tomos, Madrid 1891-94, Tomo II, pp. 64-65.

¹⁷ María Amalia a Tanucci, 11 de diciembre de 1759, A.G.S., *Estado*, libro 317. Cit. en PEREZ SAMPER, M. A.: «El rey y la Corte...», pp. 559-560.

¹⁸ «Alba, atendido su carácter intrigante, jamás tendrá simpatías con el rey de España», Tanucci a Jacci, A.H.N., *Estado*, 2.548. Cit. en PEREZ SAMPER, M. A.: «El rey y la Corte...», pp. 561-562.

¹⁹ Wall a Tanucci, 2 de octubre de 1759, A.G.S., *Estado*, 6.090. Cit. en PEREZ SAMPER, M. A.: «El rey y la Corte...», p. 562.

secretario. También la neutralidad de la reina madre, a quien había tratado con deferencia, al igual que a su secretario personal, Gamoneda. Hemos de hacer caso al embajador austríaco, Rosenberg, que en sus despachos con Kaunitz, primer ministro, asegura que Wall no conocía su futuro en noviembre, aunque a primeros del mes siguiente afirma que ya había sido ratificado en su puesto²⁰.

No es cierto que la llegada del nuevo monarca no alteró nada en absoluto el panorama administrativo y cortesano. Deben destacarse las, ciertamente, escasas modificaciones que, sin ser traumáticas, sí fueron lo suficientemente importantes como para transformar la situación. No obstante es cierto que la continuidad ganó la partida a los cambios y el «triumvirato Wall-Esquilache-Arriaga» se impuso en la lucha por el poder, sobre todo a los intentos de Ensenada, apoyados en cierta medida por el duque de Losada²¹. El propio Tanucci le aconsejaba al monarca prudencia en sus primeros pasos al frente de la monarquía:

«Una mudanza de ministros (...) siendo estos antiguos en Madrid y estando acreditados ante el público, podría oponer obstáculos a la marcha de los nuevos y resistir las nuevas reformas, por cuyo motivo el rey debía proceder despacio y con pies de plomo»²².

2. LA POLÍTICA EXTERIOR, ¿UNA PRIMERA CAUSA? LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

2.1. La actitud del rey ante la guerra: 1760

Cuando Carlos III ciñe la corona, Francia e Inglaterra llevan más de cuatro años enfrentándose entre sí y tratando de lograr la aquiescencia hispana. Francia presiona para alcanzar una nueva alianza de familia, ofreciendo la isla de Menorca y la ayuda en la reconquista de Gibraltar como cebo²³. Inglaterra, por su lado, había explotado durante años los escrúpulos y las fobias de Fernando VI tanto como la habilidad de sus diplomáticos (Keene sobre todo) para mantener el *status quo* con España. Pero desde el comienzo de la guerra había estado cortejando a la potencia colonial rival para asegurarse de su neutralidad, precisamente en el momento en el que las hostilidades eran desfavorables. Se toma-

²⁰ Rosenberg a Kaunitz, 12 de noviembre y 3 de diciembre de 1759, KLEINMANN, H. O.: *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)*, Tomo I, Madrid 1971, p. 40 y p. 48. Cit. en ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo...*, Tomo I, p. 270.

²¹ ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo...*, Tomo I, pp. 274-275.

²² RODRIGUEZ CASADO, V.: *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, Madrid 1962, p. 81.

²³ Francia incluso «lanzó la idea de sentar en el trono polaco a D. Felipe, el hermanastro del rey (Fernando VI), pero éste permaneció inmovible en su anhelo de neutralidad hasta el fin». DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona 1984, p. 289.

ron medidas como la prohibición a los corsarios angloamericanos de atacar embarcaciones españolas o la prohibición a los colonos de Georgia de bajar más al sur del río Altamaha para no provocar los recelos de los españoles de San Agustín. También se nombró un nuevo gobernador de Jamaica, más tolerable para España, y se permitió el abastecimiento de la Florida por comerciantes de Georgia, Carolina del Sur, Virginia y Nueva York²⁴.

No puede decirse que en principio Carlos III se sintiese proclive a la amistad con Gran Bretaña. Todavía recordaba el rey la coacción de la escuadra inglesa, que le había obligado a permanecer neutral durante los años 1742-1744, en plena Guerra de Sucesión Austríaca, mientras su padre batallaba por los derechos de su hermano, el infante Felipe²⁵. Sin embargo primaba el interés político sobre las pasiones, de modo que, al igual que en el reinado anterior, intentó capitalizar el conflicto ante los ingleses. Las reclamaciones pendientes entre las dos naciones afectaban, sobre todo, a los derechos de pesca en Terranova, a los límites de la Florida, a las presas corsarias y al asunto del palo de Campeche²⁶. Dos muestras más evidenciaban su deseo de la paz: la solución de los problemas suscitados entre España y Portugal (tradicional aliado británico) por el Tratado de Límites (1750), con la negociación y firma del Tratado hispano-portugués de El Pardo (febrero de 1761) y el ofrecimiento de su mediación para finalizar la guerra, aceptada rápidamente por Francia y eludida por Inglaterra²⁷. Un nuevo desaire inglés.

Las circunstancias habían ido cambiando. Las victorias británicas alteraban el tablero diplomático y el gobierno de Pitt se sentía lo suficientemente fuerte como para rechazar tal ofrecimiento y boicotear las posteriores negociaciones

²⁴ HILTON, S. L.: «Las relaciones anglo-españolas en Norteamérica» en *Coloquio internacional: Carlos III y su siglo*, Tomo I, Madrid 1990, p. 840.

²⁵ Así, «en la mañana del 18 de agosto de 1742 presentóse en las aguas de Nápoles una escuadra inglesa, amenazando bombardearla si dentro de una hora no se declaraba el rey neutral en la lucha. Tiránica fue la intimación, patente el ultraje, inútil el designio de promover negociaciones y forzosa necesidad el someterse a las circunstancias. Esta ofensa grabóse indeleblemente en el corazón de D. Carlos, y tiempos después influyó mucho en la política de su gobierno.» FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado de Carlos III en España*, 4 tomos, Madrid 1988 (1856), Tomo I, p. 207.

²⁶ Sobre estos contenciosos y su evolución desde 1754: PALACIO ATARD, V.: «Relaciones entre España e Inglaterra durante el s. XVIII: las embajadas de Abreu y Fuentes, 1754-1761» en *Simancas. Estudios de Historia Moderna*, 1 (1950), pp. 57-122. Son explícitamente mencionados por Arriaga en un informe presentado a Carlos III en 1762, al comenzar el conflicto: «Tres causas capitales ha publicado el rey que tiene para la guerra, prescindiendo de la final provocación: los establecimientos de Honduras, la pesca del bacalao y la sinrazón con que se han apoderado y no restituido los ingleses los bienes de varios españoles, cuando éramos neutrales» en A.G.S., *Estado*, 6.953.

²⁷ Choiseul remite al embajador francés en España, el marqués de Ossun un proyecto de paz con Inglaterra para entregárselo a Carlos III, 6 de enero de 1760, A.H.N., *Estado*, 4.098. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III y su actividad política a través de su correspondencia con Tanucci (1759-1783)» en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, Tomo I, *El Rey y la Monarquía*, Madrid 1989, p. 283.

de La Haya (hasta mayo de 1760), a la espera de mejorar las condiciones de la paz. Además ya no necesitaba de la colaboración de España por lo que sus exigencias aumentaban.

Previendo posibles dificultades a corto plazo, Carlos III adoptó una actitud prudente. En el aspecto interno, había ordenado reforzar la marina y el ejército. Ya antes de morir su hermanastro había sido informado del estado de ambos cuerpos por Wall²⁸. Pero tan sólo dos meses después de su llegada ya podía holgarse de las medidas tomadas al respecto²⁹. En agosto del mismo año, encargaba en persona al nuevo gobernador y capitán general de Cuba, D. Juan de Prado, la construcción y la reparación de las fortificaciones en la isla, en previsión de posibles ataques ingleses³⁰. Con él iban destinados dos ingenieros: Francisco y Baltasar de Ricaud.

En el ámbito exterior Wall siguió un plan de acción diplomática inmediata: se envió al conde de Fuentes a Londres, en misión especial, con la intención de resolver las diferencias entre ambas monarquías³¹. Con él colaboraría el enviado napolitano en aquella corte, Giambatista Albertini, príncipe de San Severino. Fuentes llegó a la capital el 24 de mayo de 1760 e inició las conversaciones con Pitt un mes después, con un oficio en el que solicitaba actuaciones del gobierno británico contra los apresamientos de buques españoles por corsarios³². Pero Inglaterra tan sólo deseaba contemperizar hasta que la guerra, muy favorable a ellos, finalizase. Entonces, los hechos consumados serían inamovibles, y las pretensiones hispanas, insostenibles sin la alianza francesa.

El impás de espera se alargaba en exceso. Para desbloquear la situación, a primeros de septiembre, Fuentes elaboraba dos memorias sobre los dos puntos más conflictivos a tratar: los derechos de pesca en Terranova³³ y los establecimientos ingleses en Honduras³⁴. La respuesta de Pitt fue calculada: contestaba a la primera pero daba largas con respecto a la segunda, la más importante.

²⁸ A.G.S., *Estado*, 6.090.

²⁹ Carlos III a Tanucci, 5 de febrero de 1760, A.G.S., *Estado*, libro 319. Cit. en BARRIO GÓZALO, M.: «Carlos III...», p. 283.

³⁰ *Proceso y sentencia dada al gobernador de La Habana Juan de Prado*, Biblioteca Nacional (en adelante B.N.), *Manuscritos*, 10.421 y *Ordenes de S. M. comunicadas por el Excmo. Sr. Julián de Arriaga al mariscal de campo Juan de Prado sobre fortificar el recinto de la plaza de La Habana por la parte de tierra o el puesto nombrado de la Cabaña*, Archivo General de Indias (en adelante A.G.I.), *Santo Domingo*, 1.585. Cit. en PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas en Cuba*, 1760-1773, Avila 1998, p. 42. Dichas instrucciones no fueron suficientes para evitar la toma de La Habana en 1762.

³¹ Despedida de Abreu y llegada de Fuentes a Londres en A.G.S., *Estado*, 6.946.

³² Oficio de Fuentes a Pitt, 20 de junio de 1760, A.H.N., *Estado*, 4.266. Cit. por BARRIO GÓZALO, M.: «Carlos III...», p. 285.

³³ *Memoria sobre la pesca del bacalao en Terranova*, 9 de septiembre de 1760, A.H.N., *Estado*, 7.014. También incluye un informe a Wall sobre los derechos de pesca de los guipuzcoanos.

³⁴ *Memoria sobre los establecimientos del golfo de Honduras*, 9 de septiembre de 1760, A.H.N., *Estado*, 4.266. También era importante el problema de las presas corsarias. Las primeras quejas del

Para Ferrer del Río, panegirista del monarca, fue la reina María Amalia la que refrenó el impetuoso carácter de su esposo:

«Durando la contienda entre Inglaterra y Francia (...) la reina Amalia (...) se afanaba para que no influyeran en el ánimo de su esposo, por un lado las afecciones de la sangre que le inclinaban extremadamente a Francia y por otro el resentimiento (...) contra Inglaterra»³⁵.

Aún siendo así³⁶, su influencia desapareció con su fallecimiento, el 27 de septiembre del mismo año. En septiembre la situación había degenerado notablemente ante la calculada pasividad de Pitt.

La ruptura se hubiera producido entonces de no mediar la repentina muerte de Jorge II el 25 de octubre, que enfrió la situación. Se esperaba de su heredero, Jorge III, una actitud más dialogante. Sin embargo, Pitt tan sólo aprovechó el óbito y el proceso de entronización para alargar la respuesta a la segunda memoria. Ya a primeros de diciembre, Carlos III se quejaba amargamente de que los ingleses se mantenían «en los mismos términos y sin acabar de darme la respuesta que les pido»³⁷. Finalmente, Inglaterra, segura de su superioridad respondía negativamente a ambas pretensiones, en enero de 1761, a través de un despacho de Pitt que Bristol, embajador inglés en Madrid, entregó a Wall³⁸.

2.2. El cambio de estrategia: 1761

Carlos III no era una marioneta de sus propios temores, como el rey anterior. El sistema de neutralidad peligraba por la ofensa del gobierno inglés y por la necesidad de defender los intereses coloniales hispanos. La reacción española fue tan airada como radical. De la neutralidad equidistante al acercamiento directo y sin subterfugios a una Francia necesitada tras los reveses de la guerra.

El marqués de Grimaldi fue el elegido para llevar las conversaciones con Choiseul, primer ministro francés. Sustituía a Masones de Lima y llegaba a París el 9 de febrero de 1761. La alianza, que durante tantos años había cultivado Francia a través de sus enviados, Duras sobre todo, se plasmaría sin embargo bajo la iniciativa de Wall, un supuesto anglófilo y Grimaldi, quien aten-

cónsul español en Londres, D. Miguel de Ventades en 1757: A.G.S., *Estado*, 6.942. Otras cartas de queja de 1758 y de 1761 (ésta desde Boston) en A.G.S., *Estado*, 6.953.

³⁵ FERRER DEL RÍO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 276.

³⁶ Sobre la influencia de la reina sobre Carlos III ver PEREZ SAMPER, M. A.: «El rey y la Corte...», pp. 559-561. Ver también su correspondencia con Tanucci en A.G.S., *Estado*, libro 317.

³⁷ Carlos III a Tanucci, 9 de diciembre de 1760, A.G.S., *Estado*, libro 320. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 287.

³⁸ Carta instructiva de Pitt a Bristol, firmada el 26 de septiembre de 1760, A.G.S., *Estado*, 6.946. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 287.

dió la situación de necesidad del gobierno francés ante las victorias inglesas. En dos meses el acercamiento era evidente y el 31 de marzo Wall remitía a Grimaldi el primer anteproyecto de alianza, que el genovés, presentaba a Choiseul el 20 de abril, tras preparar el terreno adecuadamente³⁹. La positiva respuesta francesa se encarnaba un mes y medio después con su respectivo proyecto⁴⁰. El 15 de agosto se cerraba la alianza, con la firma en París del Tercer Pacto de Familia, tratado principal⁴¹, y de la Convención, un tratado secundario que hacía referencia específicamente a los contenciosos hispano-ingleses y que era para Wall «la parte más importante y secreta»⁴². Se pretendía así mismo incluir en el pacto al Reino de Dos Sicilias y al Ducado de Parma a pesar de sus evidentes reticencias. Todavía a finales de 1763, ya concluida la guerra, Choiseul se quejaba de las trabas que ambos estados ponían para su integración en el Tratado:

«Al paso (Choiseul) dijo al Embajador de Nápoles (el marqués de Cantillana) que no estaba contento del marqués Tanucci porque veía, que tenía mala voluntad a los franceses pues a cada paso citaba para lo que le convenía el Pacto de Familia y que hasta ahora S. M. Siciliana no había accedido de ningún modo a dicho Pacto»⁴³.

Respondió el aludido diciendo que los poderes habían sido firmados y enviados a Madrid. Pero la ampliación no llegó a producirse nunca.

El giro en el rumbo de las relaciones exteriores había sido completo. Por primera vez en más de una década, España cedía, por iniciativa propia, a la tentación de entrar en el juego de alianzas. Para la monarquía era un duro cambio, pero para su principal ministro, Wall, suponía abandonar la senda que había comenzado a andar en Londres, en los tiempos de Aquisgrán, de mano de Carvajal, y en la que había creído firmemente hasta entonces. No sólo eso: suponía la alianza con Francia, potencia que aún mantenía ciertas reservas hacia el principal beneficiado de la exoneración del marqués de la Ensenada, ministro mucho más popular en la corte de Versalles.

Sin embargo, como ya Carvajal previese, Wall no se extravió: «sería lo que fuere su rey». Así, se desvaneció en unos meses su supuesta anglofilia y fue el primero en ponerse a trabajar en la alianza profrancesa y en felicitarse por su

³⁹ Primer proyecto español, Wall a Grimaldi, 31 de marzo de 1761, A.G.S., *Estado*, 4.542. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 288.

⁴⁰ Proyecto francés de Pacto de Familia entregado por Choiseul a Grimaldi, Grimaldi a Wall, 2 de junio de 1761, A.G.S., *Estado*, 4.542. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...»: p. 289.

⁴¹ Sobre el Tercer Pacto de Familia: PALACIO ATARD, V.: *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945.

⁴² Wall a Tanucci, 25 de agosto de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.092. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 289. La Convención y el proceso de su firma es minuciosamente descrito por FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 296-299.

⁴³ Masserano a Wall, 30 de septiembre de 1763, A.H.N., *Estado*, 4.262.

rápida y beneficiosa conclusión. D. Ricardo demostraba una vez más ser un político pragmático capaz de adaptarse a las circunstancias.

En Londres no sentaron bien estos sucesos. Las negociaciones de paz emprendidas en París por Stanley y en Londres por Bussy fueron suspendidas a comienzos de septiembre:

«Se explaya V.E. en razonamientos muy justos y prudentes con motivo de acabarse de romper por esa corte la negociación que seguía Mr. Bussy en ella y Mr. Stanley en la de París quedando deliberada la retirada de ambos»⁴⁴.

La guerra parecía inevitable tanto en Londres como en Madrid⁴⁵. Sin embargo, la caída del intransigente Pitt del ministerio, culpado del acercamiento hispano-francés, dio un breve respiro a la tensa coyuntura⁴⁶. Todavía el 18 de diciembre Fuentes indicaría que había hablado «a este Ministerio con el fin de (...) ganar tiempo (...) dejando, si es posible, alguna puerta abierta para evitarle (la guerra)». Confiaba en «cuan enredados se hallan y cuánto nos temen»⁴⁷. Fuentes todavía no sabía que en España los acontecimientos se habían precipitado.

La sustitución de Pitt por Egremont supuso tan sólo un breve paréntesis. Por suerte suficientemente amplio como para que la flota de las Indias llegara con el numerario indispensable para encarar el conflicto. Así lo notaba el embajador inglés:

«Dos barcos han arribado recientemente a Cádiz con extraordinarias riquezas procedentes de las Indias Orientales, de manera que toda la riqueza que se esperaba de Hispanoamérica se halla a salvo en España; tal vez esta circunstancia ha llevado a los ministros de S.M.C. a hablar con más seguridad»⁴⁸.

Carlos III, a finales de noviembre, veía claro el futuro: «(Dios) me ayudará como lo espero de su infinita misericordia, pues sabe la justicia que me asiste, y que he hecho cuanto he podido para que no llegase este caso»⁴⁹.

Por su lado, Inglaterra no había permanecido inactiva desde que fue evidente que la neutralidad española iba a romperse. Ya antes de confirmarse la

⁴⁴ Wall a San Severino, 12 de octubre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.952.

⁴⁵ Véase la indignación del gobierno británico por la firma del pacto en la correspondencia de Fuentes y Wall entre septiembre y diciembre, A.G.S., *Estado*, 6.950.

⁴⁶ Respuesta a la notificación de la caída de Pitt, Wall a San Severino, 26 de octubre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.952.

⁴⁷ Fuentes a Wall, 18 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953.

⁴⁸ Bristol a Egremont, 2 de noviembre de 1761, Public Record Office (en adelante P.R.O.), *Spain*, 94/164. Cit. por LYNCH, J.: *El Siglo...*, Barcelona, 1991, p. 284.

⁴⁹ Carlos III a Tanucci, 24 de noviembre de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 322. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 290.

firma del Tercer Pacto de Familia, los preparativos militares se intensificaban⁵⁰. Poco después Fuentes notificaba el equipamiento de una escuadra en el puerto de Spithead cuyo destino creía que era Puerto Rico o Santo Domingo⁵¹. En octubre, sin embargo, informaba de que atacaría Santo Domingo y la Florida⁵². En noviembre otros cuatro navíos salían para reforzar la flota de Norteamérica, esta vez con el supuesto objetivo de la Martinica⁵³. Y en diciembre, poco antes de su salida de la embajada, aún daba cuenta del aumento de la escuadra de Spithead⁵⁴.

La reacción diplomática inglesa se materializó a través de su embajador en Madrid, Bristol. En una nota autógrafa escrita en inglés que entregó en mano el 6 de diciembre a D. Ricardo exigía en nombre de su monarca: «An answer concerning the Treaty, as well as to know the intention of Spain with regard to Great Britain». Mencionaba en ella las deferencias del rey inglés para con el español en un tono bastante ofensivo:

«La especial delicadeza del rey en disponer las operaciones militares de modo que se evitasen todas hostilidades contra objetos que pudiesen dar recelos a S.M. Católica. Cuán notorio es que en el Consejo del rey se ha evitado todo cuanto podía dirigirse a alterar la buena inteligencia entre nuestras cortes, cosa que S.M. anhela tanto impedir».

Y deseaba

«una respuesta tal que pueda contribuir a la continuación de aquella amistosa correspondencia cuya conservación no interesa menos a ambas coronas que al rey el sincero deseo de cultivarla»⁵⁵.

La evidente coacción de estas palabras supusieron un ultraje para Wall y para Carlos III, la gota que colmaba el vaso de la paciencia en las difíciles relaciones entre ambas potencias desde su llegada al trono. Deseaba el rey: «humillar la soberbia de aquella Nación»⁵⁶ y Wall: «desquitar la Dignidad del Rey,

⁵⁰ Así, consta en la correspondencia del conde de Fuentes la salida de cuatro navíos desde Portsmouth hacia Nueva York con otras embarcaciones menores de abastecimiento para reforzar la escuadra de Norteamérica: Fuentes a Wall, 7 de agosto de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.949.

⁵¹ Fuentes a Wall, 21 de agosto de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.949.

⁵² Fuentes a Wall, 30 de octubre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.950. El embajador consideraba remota la posibilidad de que atacase La Habana pues parecía empresa demasiado arriesgada. Sin embargo sugería que se reforzase la plaza con entre 8.000 y 10.000 hombres.

⁵³ Fuentes a Wall, 17 de noviembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.950.

⁵⁴ Fuentes a Wall, 11 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.950.

⁵⁵ Nota original de Bristol a Wall, 6 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953. Traducción del propio Wall en el mismo legajo.

⁵⁶ Carlos III a Tanucci, 15 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 322. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 291.

atacada en el paso de Milord Bristol». Para ello le «parece el más noble y airoso modo, negarle la respuesta, precisándole a salir de la corte y mandando lo mismo al conde de Fuentes, y después publicar por propia voluntad lo que no ha querido decir solicitado con arrogancia y amenaza»⁵⁷.

No fue la única medida que se tomó aquel vital 11 de diciembre. Se decidió dar esa ansiada por los británicos «respuesta»: admitir la existencia del Tratado para poner «en un gran descubierto con la nación inglesa a Su Ministerio y, con especialidad, al Ministro Pitt, sobre quien recaerá el odio de habernos obligado a ser enemigos con una sospecha malfundada». Se pretendía reconocer la Convención aunque intentando simular que su firma había sido posterior a la ruptura de las negociaciones entre ingleses y franceses. Así se podía presentar como consecuencia de la intransigente actitud de Pitt. Era un reconocimiento calculado. Si se negaba el tratado y posteriormente había una declaración de guerra, podría «resultar que si entonces (el tratado) le hizo caer del mando (a Pitt), le volviese ahora a él con mayor autoridad»⁵⁸.

No obstante las dos grandes medidas decretadas fueron el embargo de los barcos ingleses fondeados en puertos españoles y las órdenes enviadas a las Indias. La primera pretendía ser una medida preventiva ante la posible reacción inglesa ante los últimos acontecimientos, que se esperaba no fuera otra que la declaración de guerra:

«El deposito de los navíos ingleses ha creído S.A. que es una justa precaución tratándose de una nación acostumbrada a no guardar ley cuando le conviene ofender y que acaso habrá dispuesto de antemano empezar las hostilidades».

También se detenía unos días a las embarcaciones de otras nacionalidades puesto que «ha parecido conveniente para retardar al enemigo en el mar la noticia del rompimiento». Es evidente que para Wall estas actuaciones suponían una declaración de guerra encubierta.

La segunda dejaba muy clara la orden

«no solo de defenderse sino de ofender y de concurrir por mar y tierra al socorro de franceses siempre y cuando les sea útil respecto de estar unidos en la guerra como si los dominios y sus escuadras de franceses y españoles fuesen de uno mismo Dueño»⁵⁹.

Todavía el 18 de diciembre las noticias no habían llegado a Fuentes en Londres. En su carta cifrada de esta fecha hace un perfecto diagnóstico de la

⁵⁷ Wall a Grimaldi, 11 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953.

⁵⁸ Era prioritario mantener al margen al ex-ministro, quien tan poco proclive era a arreglos en los contenciosos con España. Wall a Grimaldi, 11 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953.

⁵⁹ Wall a Grimaldi, 11 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953. Sobre la llegada de estas noticias a América puede verse el ejemplo cubano en PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida...*, pp. 81-88.

situación previa a la declaración de guerra: el gobierno no la quiere «porque teme las consecuencias de nuestro rompimiento y las dificultades de continuar una guerra que no saben lo que durará, la falta de dinero para sostenerla y los mayores sacrificios que deberán hacer en este caso para terminarla». Cree que estarían dispuestos a concesiones:

«(...) mejorar las condiciones de la Francia (...) me parece la concederían las que Mr. Pitt no quiso, siendo más fáciles en los límites de la Luisiana, establecimientos de Africa y otros puntos que pudieran beneficiarla, sin tocar las principales cesiones, a lo que no podrá este Ministerio prestarse por la Nación»⁶⁰.

Rácanas a tales alturas del negocio.

Mas ya eran inevitables las consecuencias de estas acciones emprendidas: la retirada de Bristol de la embajada en Madrid, la de Fuentes de la de Londres:

«El extraordinario, que el conde de Fuentes, embajador de España, recibió también el mismo día por la noche, le trajo la orden del rey, su amo, de retirarse igualmente de nuestra corte, en cuyo cumplimiento partió hoy su Exc. de esta capital para retirarse a Madrid. El cónsul de España notificó a todos los patrones de navíos españoles partiesen inmediatamente del Támesis, sin esperar a completar sus cargazones, si ya no lo estaban. Los negocios generales toman, como se ve, un semblante bien diferente del que nos prometían nuestros novelistas pocos días antes. Cuando nos representaban a la España como una potencia muy distante de romper con nosotros»⁶¹.

Y la declaración de guerra del 4 de enero de 1762. Logrado que Gran Bretaña diese el primer paso, España oficializaba la situación prebélica que ya vivía, el 15 de enero.

2.3. El enfrentamiento⁶²: 1762

El embargo había sido una medida excesiva para la situación, y había sido entendido por Inglaterra como la verdadera declaración de guerra. Arriaga lo justificaba: «Si pudiéramos hacernos justicia en estos tres puntos (las causas de la guerra), creo que deberíamos hacérsola. Pues si podemos en uno, por qué

⁶⁰ Fuentes a Wall, 18 de diciembre de 1761, A.G.S., *Estado*, 6.953.

⁶¹ Noticia al 1 de enero publicada en la *Gaceta de Madrid*, 26 de enero de 1762.

⁶² En este conflicto se mezclaron los intereses del resto de potencias europeas; sin embargo nos limitaremos a analizar la vertiente que más afectó a España: su enfrentamiento con Inglaterra. Un resumen de éste en MARTINEZ MARTINEZ, C.: «Los problemas militares en la segunda mitad del s. XVIII» en *Historia General de España y América*, Tomo XI-2, Madrid 1989, pp. 71-75.

omitirlo?»⁶³. La intención del secretario era vender las cargas para compensar a las víctimas españolas del corso inglés. Sin embargo, Wall tuvo que transmitirle lo que el rey mandaba:

«(...) por puro efecto de su magnanimidad (...) resuelve que la habiliten (a Inglaterra) los cogidos antes de este día 4 de enero con las cargas y tripulaciones y que a cada Capitán le entregue el dinero de los efectos vendidos para que no le menoscabasen y cada navío un salvoconducto para volverse a Inglaterra sin otro desfalco que el coste que haya tenido la conservación de los mismos navíos y efectos y la manutención de la tripulación»⁶⁴.

La «magnanimidad» de Carlos III fue sin duda desmesurada, pero el rey se había comprometido a actuar en consonancia a lo que los ingleses hiciesen con las embarcaciones españolas. Estos habían dejado en libertad «diez o doce navíos» apresados en Inglaterra antes de esa fecha, por lo que el monarca no quiso faltar a su palabra. Con todo el gesto no sirvió para nada en absoluto y los diversos preparativos de campaña continuaron en los puertos de las islas.

Dadas las circunstancias Wall tomó varias medidas para mantenerse informado de los movimientos del gobierno, de la marina y de la opinión pública inglesa. La primera de ellas fue la de mantener al que sería el nuevo hombre de España en Londres: el príncipe de San Severino. Aunque era el embajador del Reino de las Dos Sicilias, llevaba desde 1760 colaborando con Fuentes en su embajada y era, de hecho, un agente doble al servicio de Carlos III. El monarca había ordenado a Tanucci que pusiera a disposición de Wall las cifras de San Severino. Este obedeció «a le ordine (...) di vostra maestá di mandar a Wall las cifras d'Albertini»⁶⁵. Durante el año que duró el conflicto mantuvo correspondencia (cifrada en la mayor parte de los casos) con Wall, aún cuando éste se veía imposibilitado de responder a sus misivas. Tanucci servía de enlace. Gracias a sus gestiones se conocían las reacciones del gobierno, los debates del Parlamento, la opinión del rey y de la nación. Envío prensa, avisos sobre los movimientos de la marina y las reacciones ante las noticias de la guerra. Así por ejemplo informaba en febrero de que corrían rumores de que el conde de Albermale atacaría La Habana⁶⁶. Incluso, en marzo de 1762, notificó su salida⁶⁷. Pruebas de lo valioso que debió de ser para Wall en estas fechas son las muestras de amistad con las que le obsequió en las últimas cartas, antes de retirarse

⁶³ Informe de Arriaga a Wall sobre las presas hechas en el embargo desde el 11 de diciembre, A.G.S., *Estado*, 6.953. En él valora en 3.900.000 reales los navíos capturados antes de la declaración de guerra del 4 de enero, en 1.200.000 los capturados después. En cuanto a los efectos vendidos de esos navíos, ascendía a 1.763.606 reales los del primer grupo de buques, y a 586.088 los del segundo.

⁶⁴ Anotación de Wall al final del informe de Arriaga, A.G.S., *Estado*, 6.953.

⁶⁵ Tanucci a Carlos III, 20 de enero de 1762, A.H.N., *Estado*, 3.808.

⁶⁶ San Severino a Wall, 26 de febrero de 1762, A.G.S., *Estado*, 6.952.

⁶⁷ San Severino a Wall, 23 de marzo de 1762, A.G.S., *Estado*, 6.952.

de la embajada inglesa para pasar a Lisboa, ya en 1763: «me complazco con la idea de renovar personalmente mi amistad y afecto». Y el deseo de Carlos III de conocerle:

«Habla V.E. de sus deseos de venir a besar la mano del rey antes de restituirse a su corte. Anoche la leí (su carta) a S.M. que dignó decirme que vería a V.E. con mucho gusto supuesto que el rey su Amo conviniese en este viaje»⁶⁸.

Resulta difícil creer que Inglaterra tolerase fácilmente la presencia de un potencial espía en su corte, tal y como se sabía que se gestionaban los asuntos napolitanos. Ciertamente San Severino y su gobierno estuvo bajo sospecha. Egremont le preguntaba a principios de marzo si estaban dentro del Pacto de Familia⁶⁹. En mayo era el enviado inglés en Nápoles, Giacomo Gray, quien presionaba al propio Tanucci. Se mostraba escéptico ante la neutralidad napolitana, a lo cual Tanucci respondía audaz: «un caso in parte simile di una guerra colla Spagna vennero a far qui nelt' anno 1742»⁷⁰.

Por otro lado, Wall obtuvo información sobre los movimientos de los barcos ingleses a través del conde de Puentefuerte, embajador español en La Haya. Su proximidad a las islas y el dominio que sus agentes podían tener de la otra orilla del Canal de la Mancha le convertían en el otro hombre idóneo para cubrir esta función. Con respecto a la escuadra de Spithead y al conde de Albermale dio informes de enero a marzo⁷¹. Como San Severino intuía su objetivo: La Habana. Para Parceró Torre «lo increíble es que, a pesar de estos avisos, no se transmitiera a La Habana ninguna advertencia sobre el particular»⁷². Parece ilógico pensar que Wall, después de preocuparse de estar tan bien informado cometiera semejante imprudencia. Lo cierto es que, a pesar de la guerra, era Arriaga el responsable de Marina e Indias, y por lo tanto era su competencia informar a los gobernadores y a los capitanes generales. Por otro lado, las noticias que llegaban eran confusas, a menudo difíciles de interpretar, a pesar de que a la luz de los posteriores acontecimientos nos parezcan diáfanas. Por último hay que considerar la lentitud de las comunicaciones y la dificultad de hacer llegar correos a América con el Atlántico y el Caribe dominado por la flota inglesa.

El enfrentamiento se desarrolló en dos frentes muy distintos: las colonias por un lado y la Península Ibérica por otro⁷³. Es evidente que desde el punto de

⁶⁸ Wall a San Severino, 26 de febrero de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.952.

⁶⁹ Tanucci a Carlos III, 9 de marzo de 1762, A.H.N., *Estado*, 3.808.

⁷⁰ Tanucci a Carlos III, 2 de mayo de 1762, A.H.N., *Estado*, 3.808.

⁷¹ Puentefuerte a Wall, 21 de enero de 1762 y 30 de marzo de 1762, A.G.S., *Estado*, 6.322. Sobre los efectivos de la expedición Puentefuerte informa en sus cartas del 16 y del 24 de marzo. Cit. por PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida...*, p. 90-97.

⁷² PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida...*, p. 91.

⁷³ Ver el desarrollo de la guerra en ambos frentes en FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 315-382.

vista inglés era prioritario aprovechar su supremacía en el mar a través del ataque directo al eslabón débil de la cadena hispano-francesa: las colonias. Las acciones contra La Habana y Manila⁷⁴ manifestarán claramente ese interés y, sobre todo, la posesión de la iniciativa en este frente. Los españoles sólo podían confiar en la fortaleza de sus defensas en las zonas más importantes, reforzándolas a lo sumo, conformándose con avanzar tan sólo en las residuales. Así, los éxitos hispanos se limitaron a la conquista de la Colonia de Sacramento a los portugueses⁷⁵.

Pero si dentro de la estrategia hispana la preocupación por el frente americano era fundamental, sus esfuerzos sólo podían manifestarse a corto plazo de un modo efectivo en el europeo, en concreto en el ataque al principal aliado inglés en el Atlántico: Portugal. Sin embargo también aquí los éxitos fueron muy limitados⁷⁶.

Francia, agotada tras años de guerra y con su imperio colonial colapsado, fue la primera en solicitar negociaciones con Inglaterra en junio. El fracaso de las acciones de los aliados empezaba a inclinar también el ánimo de Carlos III: «la negociación ha tomado cuerpo y espero en Dios que vaya adelante y se concluya según deseamos»⁷⁷. El cambio de actitud se completaría con la llegada de las noticias de la desastrosa caída de La Habana, a finales de septiembre. El corazón del imperio estaba herido y se hacía imprescindible la paz. El 3 de noviembre se firmaban los preliminares de la paz en Fontainebleau. El 10 de febrero de 1763 se firmaba el definitivo Tratado de París que daba por finalizado el conflicto.

2.4. La paz: 1763. ¿El fin de Wall?

Finalmente parece cierta la afirmación de Lynch:

«España entró en la guerra en el peor momento posible, cuando ya se decantaba del lado de Inglaterra; subestimó el potencial de guerra de los ingleses, y se vio inmerso en un conflicto colonial sin contar con los recursos navales adecuados»⁷⁸.

⁷⁴ La acción contra La Habana aparece descrita en FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 339-377. Un análisis moderno del hecho en PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida...*, pp. 81-148. La acción contra Manila en FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 378-380.

⁷⁵ Cayó el 29 de octubre de 1762. El 25 de marzo llegaba a Madrid Eduardo Wall, primo del secretario de Estado, con los pliegos de Ceballos sobre la caída de la plaza. El rey ascendió al mensajero a coronel de dragones como recompensa a sus servicios: *Mercurio Histórico Político*, marzo de 1763.

⁷⁶ Sobre la campaña en Portugal ver FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 315-33 y DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, pp. 166-219.

⁷⁷ Carlos III a Tanucci, 3 de agosto de 1762, A.G.S., *Estado*, libro 324. Cit. por BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 292.

⁷⁸ LYNCH, J.: *El Siglo...*, p. 285. Razonamientos similares en PARES, R.: *War and Trade in the West Indies, 1739-1763*, Londres 1963, pp. 590-595.

Carlos III había sobrevalorado los recursos y la capacidad bélica de España: «En conjunto, España era una entidad fiscal próspera pero limitada a fines del s. XVIII»⁷⁹.

El Tratado de París resultó menos gravoso de lo que podía haber sido⁸⁰. Tan sólo se perdía la Florida⁸¹ y se cargaba a España con la responsabilidad («compensación» fue la palabra empleada con orgullo por los franceses) de una nueva provincia de la que se deshacían desde París ante la imposibilidad de mantenerla frente a la amenaza británica: la Luisiana. A pesar de esto, La Habana y Manila se recuperaban y se unía el importante puerto de Nueva Orleans al esquema imperial hispano. La Colonia de Sacramento volvía a manos portuguesas.

Sin embargo, lo que realmente nos interesa plantear en este trabajo es hasta dónde puede cuantificarse la responsabilidad de Wall en la entrada en el conflicto, en su desastroso desenlace y, sobre todo, la posible repercusión del fracaso bélico en la pérdida de poder del secretario de Estado.

Discernir estas cuestiones viene a ser lo mismo que discernir hasta qué punto era el propio Carlos III el director de su política, y no una simple marioneta de sus ministros, como lo había sido en alguna medida su hermanastro. Los diferentes retratos que se han dado del monarca han ido destacando en etapas sucesivas sus cualidades⁸², sus intereses, escaso por los papeles oficiales y desmesurado por la caza⁸³, o su extenso conocimiento de los negocios⁸⁴. Lynch es el más claro:

«Carlos III era muy sensible a su soberanía y su ideal de gobierno era el absolutismo puro, ejercido cuando era necesario mediante decisiones personales. No dependía de nadie, seguía su propio criterio y nunca se dejaba dominar por sus ministros»⁸⁵.

⁷⁹ BARBIER, J. A. y KLEIN, H. S.: «Revolutionary Wars and Public Finances: the Madrid Treasury, 1784-1807», *Journal of Economic History*, 41 (1981), p. 331.

⁸⁰ Para Domínguez Ortiz fue «más ventajosa para España de lo que hubiera podido esperarse». DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado...*, p. 301.

⁸¹ El embajador inglés en París, Ricardo Neuville, valoraba dicha concesión así ante el príncipe de Masserano: «Díjome que no habíamos perdido gran cosa con la pérdida de la Florida, le respondí que no nos faltaban posesiones en America», Masserano a Wall, 30 de septiembre de 1763, A.H.N., *Estado*, 4.262.

⁸² GUTIERREZ DE LOS RIOS, C. (conde de Fernán Núñez): *Vida de Carlos III*, Madrid 1988 (1898).

⁸³ PASTOR, L.: *Historia de los Papas en la época de la monarquía absoluta*, Tomo XXXVI, *Clemente XIII (1758-1769)*, Barcelona 1937, pp. 310-311.

⁸⁴ El cual se deriva de la lectura de su correspondencia con Tanucci, tal y como destaca BARRIO GOZALO, M.: «Carlos III...», p. 280. En esta línea Sarrailh recoge la siguiente cita: «En la misma medida en que Fernando VI era de carácter indeciso y apático, dio pruebas su hermano de voluntad, de energía y de perseverancia en la ejecución de sus ideas. Desde hacía mucho tiempo no se había visto en el trono de Castilla a un soberano tan resuelto, tan dueño de sí y tan dueño de sus ministros», SARRAILH, J.: *La España ilustrada de la segunda mitad del s. XVIII*, Madrid 1974, p. 583.

⁸⁵ LYNCH, J.: *El Siglo...*, p. 223. Rodríguez Casado opina en la misma línea: «Desde el primer momento, el timón de la nave está en manos de Carlos III (...) nunca abandonó la dirección de los

Es evidente que la responsabilidad de la derrota podía, aún con todo, ser delegada en la ineptitud de los ministros, sin embargo no escapaba a nadie en la corte que la decisión última había sido tomada por el propio monarca.

Son varios los autores que invocan la derrota hispana como el principal desencadenante de la caída de Wall del ministerio. Así, Parceró Torre cree que «la derrota sufrida por los españoles en América fue causa además de la crisis ministerial que siguió a la finalización del conflicto y que trajo consigo la caída de Ricardo Wall». Desde su punto de vista hubo

«un conjunto de circunstancias que motivaron su salida del gobierno. En primer lugar, su responsabilidad en la pérdida de La Habana que en su calidad de secretario de Estado y de Guerra era máxima (...). En segundo término sus propias convicciones políticas (...). Y por último con el giro de la política de aproximación a Francia (...) Wall debía de sentirse incómodo para continuar desempeñando al menos la secretaría de Estado»⁸⁶.

No es ésta la única persona en esbozar esta tesis. En una línea similar se manifiesta Ramos Pérez:

«Los cambios ministeriales que no se decidieron al llegar Carlos III se producen tras la derrota española en la Guerra de los Siete Años, con la impensable caída de La Habana y Manila en manos inglesas, que si se recuperaron en la paz de París, en 1763, fue a cambio de la Florida. Pero, con todo, el efecto de la rendición de La Habana no pudo borrarse. Wall, secretario de Guerra y Estado, dimitió ya en septiembre, sustituido por Esquilache y Grimaldi en sus respectivas carteras. Y aunque se han dado muchas explicaciones a esa dimisión -presión de la reina madre, antipatía francesa, anulación del «pase regio» sin su conocimiento-, la razón principal la vemos en su debilitamiento por el desastre que no supo prevenir»⁸⁷.

Hay varios motivos, no obstante, para creer que esto no fue así. Si la responsabilidad de Wall, como secretario de guerra, era enorme en la derrota, no inferior era sobre todo la del secretario de Indias y Marina, D. Julián de Arriaga: «Dado el desastre que representaba la pérdida de La Habana a manos británicas hubiera sido fácilmente justificable y defendible que Carlos destituyese a Arriaga como responsable dado su doble papel de ministro de Indias y Marina». Pero también la del secretario de Hacienda, Esquilache, como proveedor de los ingresos necesarios para mantener la guerra. Sin embargo, la aludida «crisis ministerial» no afectó al primero, que siguió en su cargo hasta 1776,

negocios públicos. La decisión final fue siempre la suya. En verdad es que para bien o para mal, el monarca es plenamente responsable del éxito o fracaso de la política de su reinado», RODRIGUEZ CASADO, V.: *La política...*, p. 84.

⁸⁶ PARCERO TORRE, C. M.: *La pérdida...*, pp. 192-193.

⁸⁷ RAMOS PEREZ, D.: «La política americana de Carlos III y Carlos IV» en *Historia general de España y América*, Tomo XI-2, Madrid 1989, p. 7.

fecha en la que falleció. E incluso fortaleció al segundo que añadió la secretaría de Guerra a sus competencias:

«(...) ese no era el estilo del monarca ilustrado y, además, parece que prefirió mantener un respetable peso conservador en su gabinete al momento de intentar reformas ambiciosas y, en un sentido real, peligrosas como un tipo de contrapeso a los innovadores»⁸⁸.

Wall no podía ser culpado de la escasa operancia del ejército español en Portugal, que no dirigía. De hecho había sido contrario al nombramiento del marqués de Sarria como general en jefe:

«Junto S. M. C. un ejército de 40.000 hombres, cuyo mando dio por su propia elección, y contra la opinión de su Ministro de Estado y Guerra, D. Ricardo Wall, al marqués de Sarria (...) su salud se hallaba muy quebrantada de la gota»⁸⁹.

También a la estrategia que se siguió:

«Mucho contribuyó a tanta dilación la divergencia surgida entre Carlos III y su ministro de Guerra, respecto del plan de operaciones y designación del general en jefe. En vez de comenzar sitiándose la plaza de Almeida para encaminarse de allí a Lisboa (...) el rey, con el deseo de alejar de la capital, donde residía su hermana Dña. María Ana Victoria, los horrores de la guerra, prefirió el plan de ataque que le propuso el ingeniero Gaso»⁹⁰,

consistente en atacar primero Oporto. Para reconducir la situación tuvo que producirse un giro radical que dio la razón a Wall⁹¹: el relevo de Sarria por el conde de Aranda y el cambio de plan permitió obtener algunas victorias más relevantes (toma de Almeida el 25 de agosto).

Tampoco podía ser culpado de entrar en la guerra en el peor momento posible, cuando Francia estaba ya derrotada y la rival, Inglaterra, en pleno apogeo. Su salida del ministerio, de hecho, como era esperable, no supuso el final del conflicto con Inglaterra, con la que hubo serios roces ya en el invierno de

⁸⁸ KUETHE, A. J.: «Ministros y política colonial de Carlos III» en *Tiempos de América. Revista de Historia, Cultura y Territorio*, 2 (1998), p. 37.

⁸⁹ GUTIERREZ DE LOS RIOS, C. (conde de Fernán Núñez): *Vida...*, pp. 164-165. En similares términos: «El ministro de la Guerra propuso para general en jefe al conde de Aranda, embajador en Polonia, pero el rey prefirió al marqués de Sarria», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, p. 178.

⁹⁰ DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, p. 178.

⁹¹ Ya que «demostrada la ineficacia del plan de operaciones y la falta de actividad del marqués de Sarria fue necesario modificar el uno y sustituir el otro», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, pp. 180-181.

1763-64 por asuntos relacionados con la devolución de Manila, con los asentamientos hondureños y con las Malvinas.

La dimisión de Wall de la secretaría de Estado, presentada el 16 de agosto de 1763, fue aceptada el 1 de septiembre⁹². Con todo, continuó ejerciendo hasta la llegada de su sustituto, el marqués de Grimaldi, que se produjo el 9 de octubre, momento en el que también dimitió de la secretaría de Guerra (4 de octubre)⁹³. No se trataba pues de un cambio precipitado, ni cabe pensar que el Tratado de París, firmado el 10 de febrero, casi seis meses antes, pudiera acarrear a aquellas alturas de año tales secuelas. Hasta había dado tiempo a que La Habana fuese devuelta por los ingleses, suceso largamente celebrado en la corte⁹⁴. Si la presión popular contra el ministro o el deseo regio de deshacerse de él hubiera estado fundado en las consecuencias de la derrota, su caída no se hubiera hecho esperar tanto. Pero Carlos III era poco proclive a cambiar a sus colaboradores y menos aún si les tenía en alta estima, cosa desde luego cierta en el caso de Wall y perfectamente demostrable a través de las cartas que el monarca enviaba a Tanucci, gran colaborador y amigo, a quien ninguna necesidad tenía de engañar. En éstas no aparece mención alguna a que Wall sea apartado del ministerio por el fracaso en la guerra y tan sólo se arguye la mala salud del ministro como causa última de la exoneración⁹⁵.

De hecho, desde la firma de los preliminares de la paz de París, a finales de 1762, Wall trabajaba en la nueva situación territorial americana. No fue apartado y, muy al contrario, inició una serie de gestiones dirigidas a fortalecer la situación hispana en las colonias a pesar del golpe que había supuesto el con-

⁹² OZANAM, D.: *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle, Introduction et répertoire biographique (1700-1808)*, Madrid 1998, p. 472.

⁹³ «El marqués de Grimaldi no pudo llegar aquí para el día que se le esperaba por habersele quebrado su silla de posta en el camino. Llegó por fin antes de ayer por la tarde y no viendo justo que sin descansar de las fatigas del viaje entrase inmediatamente en las nuevas del ministerio, he continuado yo en despachar hasta hoy.» Wall a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094. Wall aún ejerció unos días hasta que Grimaldi se restableció de las fatigas del viaje, entregándole personalmente los papeles de la secretaría el 14 de octubre: «El 9 de octubre, al mediodía, llegaba (Grimaldi) a San Lorenzo de El Escorial, donde se encontraba Carlos III, manteniendo conversaciones con éste y con Wall, quien le entregó el despacho de los negocios en la mañana del día 14», MARTINEZ CARDOS, J.: *Primera Secretaría de Estado. Estudio preliminar*, Madrid 1972, p. CII, n. 225. *Gaceta de Madrid*, 11 de octubre de 1763 y *Mercurio Histórico Político*, octubre de 1763.

⁹⁴ Se pretendió hacer autocrítica con respecto a la pérdida de La Habana y extraer algo positivo de ésta. Así, Francisco de Craywinckel envió a Wall un informe titulado *Utilidad que podría sacar España de su desgracia por la pérdida de La Habana, 1762* en el que llega a la conclusión de que Inglaterra es más rica por la disposición de sus actividades económicas, que benefician al erario público. La receta, simple: «Gobiérnese la España como la Inglaterra en lo que sea aceptable a su constitución y antes de muchos años le será superior en poder y en riquezas. ¿Y qué es menester para esto? Querer; pero querer eficazmente, poniendo los medios, y querer constantemente, siguiendo sin variación un mismo plan, una vez que se haya establecido el que conviene». 12 de noviembre de 1762, A.H.N., *Estado*, 2.927.

⁹⁵ Las cartas de Carlos III a Tanucci en estos meses se hallan en A.G.S., *Estado*, libro 325.

flicto. Así por ejemplo, en enero de 1763, comenzaba a recibir información de la situación de la Luisiana, a través de Pedro Francisco Gossens y su informe sobre ésta, su situación económica, su población y las medidas más adecuadas para asegurar su conservación:

«La Nueva Orleans tiene diferentes habitantes que será del interés del Rey conservarlos y del mayor Servicio de S. M. pase allá un gobernador que sepa conciliar todo y atraer nuevos colonos pues esta parte de la América deberá servir de barrera a los ingleses y se estima que si se pueden enviar ocho a diez mil europeos será fácil su conservación»⁹⁶.

Wall es cauteloso, no obstante. Ante la oferta de Gossens de enviar mercancías o pliegos con órdenes a la colonia por medio de la fragata que un conocido acaba de fletar, el ministro declina cortésmente puesto que: «Aún no podemos nosotros dar ningunas órdenes en ella»⁹⁷. Ya tiene la información que le interesa y los proyectos comerciales de Gossens para la Luisiana tienen que esperar. Todavía a finales de marzo continua la correspondencia entre ambos, lo que indica que ni Wall preveía para entonces su salida del ministerio, ni el monarca había tomado tal decisión.

También reorganizó, en abril, la red diplomática con el nombramiento de nuevos enviados: algunos eran hechuras: el príncipe de Masserano (Londres) y el conde de Lacy (Estocolmo). Otros puestos que se cubrían eran Moscú (vizconde de la Herrería), Copenhague (Sebastián del Llano), Varsovia (marqués de Revilla) y Parma (Juan Domingo Pignatelli)⁹⁸. El conde de Mahoni era ascendido, obtenía el carácter de embajador en Viena⁹⁹. El marqués de Almodóvar era enviado a Lisboa¹⁰⁰. Si el poder de Wall se hubiera hallado mermado por el desenlace del conflicto con Inglaterra, la elección para puestos de tal responsabilidad e importancia no hubiera recaído en parciales y protegidos del secretario. Masserano, por ejemplo, había sido capitán de las compañías de Guardias de Corps, puesto que le daba acceso frecuente al monarca, mas no contaba con el aprecio de Carlos III según Coxe¹⁰¹. Sin embargo, en calidad de tal, había intervenido en el arresto de Ensenada en los turbios sucesos de 1754¹⁰², y mantenía una buena relación con Wall:

⁹⁶ Gossens a Wall, 31 de enero de 1763, A.H.N., Estado, 2.944. En el mismo legajo se conserva el informe sobre la Luisiana, redactado en francés.

⁹⁷ Wall a Gossens, 7 de febrero de 1763, A.H.N., Estado, 2.944.

⁹⁸ *Mercurio Histórico Político*, abril de 1763.

⁹⁹ *Gaceta de Madrid*, 11 de octubre de 1763.

¹⁰⁰ *Mercurio Histórico Político*, julio de 1763.

¹⁰¹ COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, p. 86, citando un despacho de Bristol a Pitt del 13 de agosto de 1761.

¹⁰² Una de las disposiciones de Wall era «Al señor príncipe de Masserano participándole haberse empleado de orden del rey a D. Luis de Rozas». Instrucciones de Wall para el arresto de Ensenada, 21 de julio de 1754, A.H.N., Estado, 2.499.

«La última cosa que hizo antes de retirarse el general Wall, fue el dejar sus amigos a Grimaldi (...) Los principales son Fuentes, que ha estado empleado en Londres, el príncipe de Masserano y el conde de Aranda»¹⁰³.

Lacy y Mahoni eran descendientes de refugiados jacobitas, como Wall.

El impacto del fracaso de la guerra se diluía con los meses, con la recuperación de La Habana¹⁰⁴, con los nuevos planes para las colonias y la restitución de las relaciones diplomáticas. No había síntomas de crisis ministerial.

En cuanto a las convicciones y preferencias políticas de Wall, tildado frecuentemente de anglófilo, ya hemos mencionado lo superficial de tales apreciaciones. El acercamiento a Francia no le repugnaba (él mismo había nacido en Nantes y había pasado a España con recomendación de la duquesa de Vendome) si era el deseo regio. Ya lo intuía Carvajal cuando lo envió a Inglaterra en misión reservada: «esté V. S. seguro de que Wall nada será, sino es lo que sea su amo, si el rey fuere francés lo será y si el rey fuere inglés lo será él, sin extrañarse a otro lado»¹⁰⁵. Grimaldi y él acababan de negociar y firmar el Tercer Pacto de Familia con Luis XV sin ningún tipo de incomodidad o cargo de conciencia por su parte.

Domínguez Ortiz parece achacar vagamente a estas convicciones su sustitución: «A Wall, cuyas simpatías probritánicas eran conocidas sucedió como secretario de Estado el genovés Grimaldi, amigo de Francia»¹⁰⁶. Pero Francia, hacía ya más de una década que no «quitaba o ponía» ministros en España. Es difícil creer en una posible conjura francesa contra Wall, principalmente porque los políticos franceses no se jactaron cuando su dimisión se produjo.

No aparece, como puede deducirse, ninguna prueba definitiva que respalde que el fracaso en la Guerra con Inglaterra y los factores que lo rodearon sea el elemento clave de la salida de D. Ricardo del ministerio. La relación entre un hecho y otro, de haberla, debió de ser indirecta. Es bastante posible que tendiera más a afligir el ánimo del ministro que a indisponer el del monarca contra él. Wall era ya anciano y suspiraba por un retiro digno. Tal vez el fracaso de la guerra, a lo sumo, acelerase sus ansias por alejarse de la «estresante» corte y de la política.

¹⁰³ COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, p. 135, citando un despacho de Rocherfort a Halifax del 13 de enero de 1764.

¹⁰⁴ El conde de Ricla llega a La Habana y toma posesión de la plaza, ya evacuada por los ingleses: *Gaceta de Madrid*, 23 de agosto de 1763.

¹⁰⁵ Carvajal a Tabuérniga, 17 de junio de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

¹⁰⁶ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado...*, p. 301. También opina igual Palacio Atard, que habla de «luna de miel» en las relaciones hispano-francesas tras la salida de Wall del ministerio PALACIO ATARD, V.: *El Tercer...*, pp. 278-279.

3. LA SEGUNDA POSIBLE EXPLICACIÓN: LA POLÍTICA ECLESIAÍSTICA

3.1. Wall en el marco del regalismo hispano durante el XVIII

La política eclesiástica seguida por D. Ricardo durante los últimos años del reinado de Fernando VI permite calificarle con los dos epítetos fundamentales de la concepción vigente en la época: regalista y anticurialista¹⁰⁷. Así lo describía el nuncio papal Spínola:

«D. Ricardo Wall es un enemigo terrible de la Compañía de Jesús (...) pero además (está) su aversión a nuestra corte y a los derechos de la Sede Apostólica, como he podido advertirlo en diversas ocasiones, a pesar de su gran artificio»¹⁰⁸.

Durante el siglo XVIII, el regalismo hispano reivindicó las prerrogativas eclesiásticas como parte del derecho divino con el que estaban investidos los monarcas, no como una concesión pontificia. No se ponía en tela de juicio la preeminencia del papado en el ámbito espiritual, ni la de los monarcas en el temporal. Se disputaba, sin embargo, los numerosos espacios de jurisdicción mixta. El método habitual para la solución de estas disputas había sido el Concordato. Para las monarquías católicas era prioritario evitar la intrusión de la corte romana a través de la figura del obispo, controlado por los monarcas a través de la regalía del patronato regio. Mientras, para Roma, era una necesidad mantener su, cada vez más mermado, control sobre las iglesias nacionales a través de los nuncios apostólicos, a través de la promulgación de bulas, breves y otros edictos y a través de la inmunidad de los eclesiásticos (las órdenes religiosas exentas sobre todo, entre las que destacaba la de los jesuitas). La nacionalización de las iglesias frente a la centralización pontificia¹⁰⁹.

En este marco, dos hechos capitales condicionan toda la política eclesiástica de Wall, tanto bajo Fernando VI como bajo Carlos III. El primero es la heren-

¹⁰⁷ Sobre este tema: EGIDO, T.: «El regalismo y las relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVIII» y «La inventada heterodoxia del regalismo borbónico» en *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, *La Iglesia en la España de los ss. XVII-XVIII*, Madrid 1979, pp. 125-249.

¹⁰⁸ Spínola a Torrigiani, 26 de marzo de 1759, Archivo Secreto Vaticano (en adelante A.S.V.), *Nunz. Spagna*, libro 285. Cit. por OLAECHEA, R.: «Política eclesiástica...», pp. 183-184. También PASTOR, L.: *Historia de los Papas...*, p. 311.

¹⁰⁹ BARRIO GOZALO, M.: «Madrid y Roma en la segunda mitad del s. XVIII. La lucha contra las «usurpaciones» romanas», en *España e Italia en el s. XVIII, Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, 16 (1997), pp. 70-72. Sobre el conflicto hispanorromano en este ámbito ver: OLAECHEA, R.: *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del s. XVIII. La Agencia de Preces*, Zaragoza 1965; MACIAS DELGADO, J.: *La Agencia de Preces en las relaciones Iglesia-Estado español (1750-58)*, Madrid 1994 y «La embajada de España en Roma en la primera mitad del s. XVIII» en *Estudios Históricos. Homenaje a los profesores J. M. Jover Zamora y V. Palacio Atard*, Tomo I, Madrid 1990, pp. 311-334 y SANTALO, J. L.: «La política religiosa de Carlos III en los primeros años de su reinado (1760-1765)» en *Archivo Iberoamericano*, 27 (1967).

cia del Concordato de 1753, considerado en su momento un éxito de Ensenada y que había asegurado al monarca hispano el derecho universal de nombrar a los titulares de todos los oficios y beneficios eclesiásticos seculares y regulares de la monarquía¹¹⁰. Wall, en un primer momento, presionado políticamente por las hechuras del marqués y el resto de sus rivales políticos, no quería reconocer el valor del logro de su predecesor:

«(...) debía eternizar la memoria del marqués de la Ensenada, merecerle una estatua en España y la púrpura de Su Santidad, pues desde que este ministro ha sido apartado del ministerio no se hallan en tal Concordato las ventajas vociferadas»¹¹¹.

Su opinión era muy otra en 1758, cuando había languidecido la oposición y ya disponía de hechuras que trabajaban a su antojo, como Roda, nombrado Agente de Preces en sustitución del enseñadista Gándara¹¹².

El otro hecho importante es el cambio de pontífice. El Concordato había sido firmado durante el pontificado de Benedicto XIV. Wall iba a tener que enfrentarse a partir de 1758 a un nuevo papa, Clemente XIII, y a su agresivo secretario de Estado (Luigi Torrigiani, Cardenal desde 1753)¹¹³. Si el tratado había resultado insuficiente para algunos regalistas españoles, en Roma no repugnaba menos por razones antagónicas. Aún en 1763, Torrigiani pretendía modificarlo con una nueva congregación, negándose Wall:

«No era mala la embocada de Torrigiani en querer una nueva congregación para examinar el último Concordato con esa corte. Yo me atreveré a asegurar que para todo lo que le sea favorable se valdrá Torrigiani del mismo Concordato que ahora quiere anular»¹¹⁴.

¹¹⁰ Un resumen en DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado...*, pp. 290-292.

¹¹¹ Wall a Portocarrero, 30 de marzo de 1756, PEREYRA, C. y PEREZ BUSTAMANTE, C.: *Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rávago, confesor de Fernando VI*, Madrid s. f., p. 323. Lo cierto es que su política eclesiástica se encontraba bloqueada por la lucha de poder que se desarrollaba entre facciones. De ahí sus agrias expresiones acerca de un tratado, que con la oposición interna concentrada frente al ministro irlandés, era del todo inservible. Sobre el papel de Wall en la lucha contra Ensenada y el enseñadismo puede verse: TÉLLEZ ALARCIA, D.: «El Caballero D. Ricardo Wall y la conspiración antiensnadista», en DELGADO BARRADO, J. M. y GOMEZ URDAÑEZ, J. L. (coord.): *Ministros de Fernando VI*, en prensa.

¹¹² Portocarrero sin embargo mantenía su postura hostil a un tratado que se había negociado a sus espaldas: «Permítame V.E. que en confianza le diga que en la carta de oficio dice que el *concordato se hizo con madura premeditación y con la mayor solemnidad*; ambas cosas faltaron y cuando sea tiempo sugeriré el modo de remediarlo (...)», Portocarrero a Wall, 14 de septiembre de 1758, A.G.S., *Estado*, 4.966. Cit. en PINEDO, I.: *Manuel de Roda. Su pensamiento regalista*, Zaragoza 1983, p. 62. El subrayado es de Portocarrero.

¹¹³ PASTOR, L.: *Historia de los Papas...*, pp. 5-19.

¹¹⁴ Wall a Tanucci, 4 de julio de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

Las suspicacias eran mutuas. Torrigiani decía de Wall que «L'entrar in discorso di tal materie co'Regi Ministri (Wall); che sono sempre mal disposti per le cose ecclesiastiche, e che in tempo di guerra sempre più (...) non può produrre altro effetto»¹¹⁵. Mientras, Wall, con respecto al Vaticano opinaba:

«Es política muy propia de la corte de Roma el asegurar lo que le es favorable y procurar desvanecer lo que no conviene a sus intereses. Entre un millón de pruebas que hay de esto salta a los ojos la que resulta del Concilio de Trento. Cuanto allí se estableció favorable a la inmunidad y privilegios eclesiásticos, todo está a su mayor observancia y aun algo adelantado, pero los capítulos de reforma que tanto costó establecerlos, se hallan tan olvidados que ya ni se sabe si los hay; y si hoy intentaran los soberanos hacerlos observar al instante tocarían los Romanos a cisma y los tratarían peor que a herejes»¹¹⁶.

El ideal de Wall, como el de Tanucci y luego el de Grimaldi dista mucho de la Iglesia que conocen:

«Si todos los príncipes católicos estuvieran persuadidos de los derechos y prerrogativas que les ha usurpado la Iglesia, no tendría la corte de Roma las descabelladas pretensiones que cada día intenta; abusaría menos de lo que los príncipes le han permitido por mera condescendencia y generosidad; o tal vez por una piedad mal entendida. Y reducida al solo ministerio del benedicere et predicare, sería más parecida a la verdadera Iglesia que instituyó Jesucristo»¹¹⁷.

Cree que

«el origen de las desavenencias de Roma con casi todos los soberanos son el lujo, los palacios, las carrozas, la abundancia de criados, las magníficas casas de campo y, por fin, el hambre y ansia de dinero»¹¹⁸.

La doctrina del regreso a la Iglesia primitiva, una iglesia que no interfiera en los poderes temporales de las monarquías, es evidente en estas afirmaciones.

Como cabeza visible de la secretaría de Estado, Wall dirigió durante su ministerio una intensa política eclesiástica. Durante el reinado de Fernando VI, este ámbito fue el escenario del enfrentamiento interno entre Wall, los restos

¹¹⁵ Torrigiani a Pallavicini, 17 de junio de 1762, A.S.V., *Segretaria de Stato, Spagna*, libro 431. Cit. en SANCHEZ MONTAHUD, A.: «La correspondencia del Cardenal Torrigiani con el nuncio de España (1760-1762), en *España e Italia en el s. XVIII, Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, 16 (1997), p. 124.

¹¹⁶ Wall a Tanucci, 4 de julio de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹¹⁷ Wall a Tanucci, 28 de junio de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹¹⁸ Wall a Tanucci, 28 de diciembre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.093. Cit. en BARRIO GOZALO, M.: «Madrid y Roma...», p. 76, n. 36.

del partido enseñadista, los colegiales mayores y los jesuitas¹¹⁹. Sin embargo, las relaciones con Roma empeoraron sin duda a partir de 1759, con la llegada respectiva de Clemente XIII (1758) y Carlos III al poder.

Es en esta segunda etapa cuando Wall encabeza una política más agresiva en correspondencia al giro de las nuevas líneas derivadas del cambio de pontífice. Los objetivos de ésta serán controlar las instituciones que puedan tener una actuación antirregalista dentro de la iglesia española y completar lo conseguido en el Concordato de 1753¹²⁰. Y los enfrentamientos con Roma constantes: así a causa de la pretensión hispana de que se beatificara al obispo Palafox y se confirmara la elección como Patrona de España de la Virgen, bajo el título de Inmaculada Concepción, o a causa de los problemas que generaba el Reino de las Dos Sicilias, en cuya política intervenía activamente Carlos III (así por ejemplo la causa del barón del Bitteto, un pleito por una deuda que Roma no quería abonar). En 1762, incluso habría un incidente diplomático entre ambas cortes al detenerse en Barcelona al correo papal, Ottavio Bandini bajo la acusación de contrabando¹²¹. Sin embargo el conflicto más importante se suscitó a raíz de la publicación en Nápoles del *Catecismo* jansenista de Mesenguy, que sería condenado por un breve papal el 14 de junio de 1761.

3.2. El *Exequatur* Regio

El *Catecismo* de Mesenguy había sido condenado dos veces durante el pontificado anterior por negar la infalibilidad del papa y atacar a los jesuitas. La edición italiana de dicha obra levantó las suspicacias de la Compañía, que inmediatamente movilizó sus recursos para conseguir que Clemente XIII tomara medidas. Así se condenaban todas las ediciones del *Catecismo* fuera cual fuere la lengua, reafirmando con una encíclica para todos los obispos la vigencia del *Catecismo Romano*.

Tanucci recurrió a la protección de Carlos III y se encomendó a su amistad y la de su ministro más importante: Wall. Así, se prohibió en España la publicación del breve papal. Sin embargo, el nuncio Pallavicini convenció al Inquisidor General, Mons. Quintano Bonifaz para que desobedeciese el dictamen regio. Esta insubordinación de una de las principales figuras de la iglesia española, en una de las instituciones que más directamente había controlado la mo-

¹¹⁹ «El P. Rávago, los colegiales mayores y los enseñadistas se han unido, y estos tres cuerpos hacen y dicen lo que quieren (...) El rey hace lo que puede lo que puede por sus vasallos y conservar la paz, y procuran ciertas gentes que no se agradezcan a S. M. los paternos cuidados. Tanta malicia no debe desanimarnos.» Wall a Portocarrero (embajador español en Roma), 7 de mayo de 1756, Archivo de la Embajada Española en Roma (en adelante A.E.E.R.), 403. Cit. en OLAECHEA, R.: «Política eclesiástica...», pp. 186.

¹²⁰ OLAECHEA, R.: *Las relaciones...*, 1966 y SANTALO, J. L.: «La política religiosa...», pp. 73-93.

¹²¹ Sobre todos estos hechos ver SANCHEZ MONTAHUD, A.: «La correspondencia...», pp. 113-125.

narquía, provocó el escándalo en la corte hispana. Wall, aprovechando la oportunidad y, sobre todo, el irritado ánimo de Carlos III, encargaba a Campomanes, uno de sus protegidos, un informe sobre el *Exequatur Regio*¹²², con la clara intención de instaurar tal regalía a favor de su señor. El monarca, por su lado, no era más clemente. Se negó a recibir al nuncio y desterró al Inquisidor General de la corte y de todos los reales sitios a un mínimo de doce leguas de distancia. Wall expedía la orden el 10 de agosto y dos días después, Bonifaz se dirigía al monasterio de Ntra. Sña. de Sopetrán, en Guadalajara¹²³.

A pesar del arrepentimiento del Inquisidor General (indultado el 2 de septiembre¹²⁴) y del nuncio (a quien restituyó su confianza Carlos III en diciembre¹²⁵) se encargó al Consejo de Castilla que preparase la legislación pertinente para evitar posibles situaciones similares en el futuro. Tres fueron las consultas efectuadas por el monarca, el 27 de agosto, el 31 de octubre y el 27 de noviembre. A partir de la segunda, el *Discurso* de Campomanes fue incluido dentro del expediente oficial, por lo que Wall logró un apoyo importante para alcanzar su objetivo, que no era otro que la publicación de la Pragmática del *Exequatur Regio*, lo que conseguiría el 18 de enero de 1762. Quedaba prohibida la publicación de cualquier documento pontificio sin el consentimiento real. Era el triunfo de Wall y de su regalismo frente al principal apoyo de la Curia en España: los jesuitas y los colegiales. Un triunfo sobre los que habían sido los principales soportes del enseñadismo y por tanto, sus oponentes políticos en la lucha por el poder.

La reacción de Roma no se hizo esperar. A finales de enero, el pontífice presentó oficialmente su protesta ante el rey a través del Agente de Preces, D. Manuel de Roda, y encargó al nuncio Pallavicini que hablase con el padre confesor, Fray Joaquín Eleta, a quien también escribiría posteriormente. Torrigiani hizo lo propio con Wall. Sin embargo, la guerra y otros incidentes entre las cortes hispana y romana, hicieron pasar a un segundo plano esta cuestión.

3.3. La marcha atrás de Carlos III. ¿Wall desairado?

No obstante, en 1763, la guerra había terminado y para Roma seguía siendo prioritaria la suspensión de *Exequatur*. Clemente XIII había seguido utili-

¹²² *Discurso sobre el uso de Regio-Exequatur que debe preceder en todos los rescriptos de la Curia Romana, concernientes al Santo Oficio de la Inquisición de España, antes que ésta pase a publicarles*, 1761. A.G.S., Estado, 5.114. Cit. por OLAECHEA, R.: «El concepto de *Exequatur* en Campomanes» en *Miscelánea Comillas*, I-VI (1966), vol. 45. Un resumen sobre el contenido del *Discurso* en LOMBART, V.: *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid 1992, p. 93-94.

¹²³ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 389-390.

¹²⁴ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 391-392.

¹²⁵ SANCHEZ MONTAHUD, A.: «La correspondencia...», p. 118.

zando al confesor real¹²⁶, quien presionaba sobre la conciencia del monarca para que retirase la Real Pragmática. Así lo indica Ferrer del Río:

«Naturalmente produjo asombro que el monarca español retrocediera de lo mandado (...) y más constando a muy pocos (...) que obró así bajo la impresión de los escrúpulos despertados por el fanatismo del confesor en su conciencia delicada»¹²⁷.

Eleta empleó argumentos muy particulares para convencerle de que había actuado erróneamente y de que Dios le estaba castigando. Indujo

«a su real penitente a prescindir de la sana razón para dar crédito a una pataña, como la de atribuir al destierro del Inquisidor General el origen de la pérdida de la capital de la isla de Cuba y suponer que daba testimonio de la cólera celeste, y de ocurrir este desastre por castigo de aquel atentado, la circunstancia de consumarse lo uno al año cabal de lo otro, en el propio mes e igual día»¹²⁸.

Convencido el rey, la maniobra se completó hábilmente: si Wall era puesto al corriente haría reflexionar a Carlos III sobre su decisión y todo el trabajo sería inutilizado: Era prioritario mantenerle fuera del asunto. Así se hizo pasar la Real Orden a D. Agustín del Llano, oficial mayor de su secretaría, de modo que nada pudiera hacer ante los hechos consumados. El 5 de julio veía la luz y quedaba en suspenso el *Exequatur Regio*.

Algunos historiadores del periodo han visto en este desaire producido por el rey a Wall, al no contar con su parecer en la suspensión del *Exequatur*, la prueba de la pérdida de confianza del monarca en éste. Así por ejemplo Rodríguez Casado cree que ésta fue la verdadera razón de la dimisión del ministro:

«La disposición se hizo o sin consultar a Wall, o al menos contra su opinión, por intermedio de un subalterno de su ministerio, Don Agustín de Llano, a instancias del nuncio, del P. Monzagreti y especialmente del padre confesor, fray Joaquín de Eleta. Era patente la desconfianza regia, y Wall obró en consecuencia, apartándose del poder»¹²⁹.

En una línea semejante parece manifestarse en un principio Ferrer del Río: «tras de este desaire vedábale su pundonor permanecer en el alto cargo»¹³⁰.

¹²⁶ Clemente XIII advierte en una carta a Eleta el peligro que corre el alma del rey por el asunto del *Exequatur*, 2 de junio de 1763, A.H.N., *Estado*, 2.854. Cit. en RODRIGUEZ CASADO, V.: *La política...*, p. 93, n. 28.

¹²⁷ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 398.

¹²⁸ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 398-399.

¹²⁹ RODRIGUEZ CASADO, V.: *La política...*, p. 92.

¹³⁰ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 399. De la misma opinión es DE CASTRO, C.: *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid 1996, p. 129: «aquella revocación o

Sin embargo no parece que la conspiración romana, por sí sola, fuera definitiva. Difícilmente puede creerse que Wall hubiera perdido la confianza del rey. Carlos III se lamenta sinceramente al tener que desprenderse del ministro:

«Bien seguro estoy del disgusto que te había causado el haber imposibilitado a Wall la enfermedad de sus ojos el continuar su servicio y te aseguro que no lo he tenido yo menor, pues todo lo que dices de él es muy cierto, y te agradezco lo demás que me dices, y te diré que el sábado partió de aquí, y te dejo imaginar cual fue nuestra despedida»¹³¹.

En ninguna de sus cartas menciona el soberano a su confidente la cuestión del *Exequatur*. Wall tampoco parece guardar ningún resentimiento para con su señor a pesar del incidente. No querría apartarse «de los pies de un Amo cuya bondad me ha ensalzado más allá de la raya de mis deseos sin que jamás mi agradecimiento pueda igualar sus beneficios»¹³². Tampoco existiría motivo aparente para que Wall esperase más de un mes y medio desde la suspensión del *Exequatur* hasta su dimisión, de no ser convencer al renuente soberano. Lo que demostraría una vez más que Carlos III no deseaba deshacerse de él. Así veía la situación el embajador austriaco, Rosenberg, a principios de agosto, varias semanas antes de la dimisión de Wall:

«D. Ricardo Wall se sostiene por su rectitud y capacidad. El rey no puede rehusar su estima, tanto más por cuanto está convencido de su desapego al puesto (...) Wall es por supuesto la mejor cabeza que hay en los ministerios. Comenzó muy tarde a ocuparse de los asuntos, y como es bastante viejo y se encuentra sobrecargado con el peso de dos departamentos, no es de extrañar que sus subalternos tomen a veces en ello demasiada ventaja»¹³³.

No parece que pueda deducirse de estas palabras la tormenta posterior.

suspensión encubierta se hizo a espaldas del ministro Wall. De ahí que, alegando una salud quebrantada, presentara éste su dimisión». También EGIDO, T.: «Las elites de poder. El gobierno y la oposición» en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXXI-I, Madrid 1985, pp. 154-155; ROUSSEAU, F.: *Règne de Charles III d'Espagne (1759-1788)*, 2 tomos, París 1907, Tomo I, pp. 110-119; DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, p. 229; MIGUELEZ, M. F.: *Jansenismo y regalismo en España*, Valladolid, 1895, p. 285 y ss. y CORONA BARATECH, C. E.: «Carlos III», en *Historia General de España y América*, Tomo X-2, Madrid 1984, p. 386. Una interpretación diferente del incidente en Sarrailh, que indica que «Wall se preocupa mucho más de sus intereses particulares, administrados con mucha sabiduría, que por los de España, cuya atención suele encomendar a sus subordinados. A causa de ello lo reemplazará el marqués de Grimaldi», SARRAILH, J.: *La España...*, p. 583. Ya hemos visto, no obstante, en qué circunstancias se produce la obviación de Wall en la firma de la pragmática que suspendió el *Exequatur*.

¹³¹ Carlos III a Tanucci, 18 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, libro 325.

¹³² Wall a Tanucci, 4 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹³³ Rosenberg a Kaunitz, 7 de agosto de 1763, KLEINMANN, H. O.: *Berichte...*, Tomo II, p. 340. Cit. en ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo...*, Tomo I, p. 283.

Tampoco la actividad política del ministro se redujo, lo que hubiera sido el evidente síntoma de dejadez que nos mostraría su pérdida de interés por los negocios. De haber sido despojado de la fe que Carlos III tenía en su capacidad o de la motivación precisa para continuar en sus funciones, no hubiera puesto tanto empeño en el que sería el único éxito diplomático hispano de esta primera etapa del reinado: el matrimonio de la infanta María Luisa con el archiduque Leopoldo de Austria¹³⁴ cuyas negociaciones finalizaban el siete de agosto de 1763 con la firma del contrato matrimonial entre Rosenberg y Wall¹³⁵. Ni hubiera atendido a las difíciles relaciones entabladas por Ludolf, el embajador napolitano en la corte del sultán otomano, plenas de constantes altibajos:

«Las razones en que V.E. funda las pocas esperanzas que nos quedan de conseguir la conclusión de nuestro tratado con la Puerta son no menos ciertas que sensibles; pero sin embargo siempre nos quedan algunas esperanzas aunque remotas de que pueda volver la cosa a juego por lo mismo que no hay que esperar ninguna regularidad en los procedimientos de aquella corte»¹³⁶.

Carlos III ansiaba agradecer a Constantinopla:

«No he reído poco con lo que me dices de la carta que leíste de Ludolf en tu consejo con el encargo que te hace de parte del Gran Señor para que le hagas hacer por algún bravo astrónomo francés su predicción y la de su hijo enviándote todo lo necesario para ello y veo lo que me dices se concluyó, lo que apruebo y te

¹³⁴ El acercamiento con la corte de Viena era necesario ante la entente anglo-ruso-prusiana. Véase el proceso en A.H.N., *Estado*, 4.176.

¹³⁵ PALACIO ATARD, V.: *El Tercer...*, p. 278. Carlos III se felicitaba de ello aún meses después: «Veo con mucho gusto lo que me dices de que Nipperg había dado parte al rey mi muy querido hijo de orden de sus amos del matrimonio concluido del archiduque Leopoldo con mi muy querida hija Luisa y la propiedad con que le respondió y gracias a Dios tengo hoy el consuelo no sólo de poderte decir que he recibido las ratificaciones de él según yo las quería, con lo cual queda enteramente concluido; sino también el augurarme con cartas de su puño el Emperador y Emperatriz otro nuevo vínculo de sangre que yo deseaba a su tiempo para estrecharnos más y que os toca ahí, y nos afirma más nuestra tranquilidad que yo tanto anhelo», Carlos III a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, libro 325. Nipperg era el embajador austriaco en Dos Sicilias. El mismo día se publicaba en la Gaceta de Madrid la siguiente noticia: «El día 8 de este mes tuvo audiencia privada del rey, nuestro señor, el Excmo. Sr. conde de Rosemberg, para tomar el carácter de embajador cerca de S. M. que ha querido darle el Emperador y la Emperatriz Reina, sus Amos, en señal de satisfacción por el ajuste de matrimonio, que ha concluido entre el serenísimo Sr. archiduque Leopoldo, futuro príncipe heredero de Toscana y la serenísima sra. infanta M. Luisa. Ha entregado después a S. A. una cariñosísima carta de la Emperatriz su futura madre, con el aviso de haberla recibido en la Orden de la Cruz Estrellada y la insignia de ella, pendiente de un hermoso lazo de diamantes, que S. A. se puso luego, con permiso del rey su padre, mostrando en traerla la mayor estimación y gozo. En correspondencia al carácter de embajador concedido por SS. MM. Imperiales al Excmo. Sr. conde de Rosemberg, ha resuelto luego S. M. revestir del mismo al Excmo Sr. conde de Mahoni, su ministro plenipotenciario en la corte de Viena», *Gaceta de Madrid*, 11 de octubre de 1763.

¹³⁶ Wall a Tanucci, 4 de julio de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

diré que me he alegrado de ello pues demuestra confianza y amistad y así me parece que se le va a complacer en esto pues a nosotros no nos importa, pues haremos lo que debimos hacer y antes bien te diré que si en el que le hagan haya algo que le pueda disgustar, lo hagas moderar o quitar según te parezca para que quede contento»¹³⁷.

Tampoco hubiera continuado con la reorganización interna de la secretaría, que con tanto éxito inició en 1760 con el restablecimiento del puesto de segundo oficial mayor del Departamento y con la reorganización de la plantilla, y que culminó en los últimos meses de su ministerio con la mejora notable de los haberes del personal del Despacho de Estado¹³⁸. La actividad seguía siendo por tanto febril en su departamento; Wall aún demostraba vitalidad en el ejercicio de su puesto en su última etapa al frente de la política exterior hispana. Pero, ¿cuánto duraría?

Roma quiso apuntarse el triunfo de su salida del ministerio¹³⁹. De este modo pareció que Wall había sido víctima de un complot que había causado su desgracia de semejante modo al que ejecutaron Huéscar y Keene contra Ensenada. Sin embargo, la conjura romana se quedó en nada: las dos secretarías que quedaron vacantes tras su marcha continuaron bajo el influjo del regalismo, la una ocupada por Grimaldi¹⁴⁰, por quien el propio Wall sentía un cierto aprecio¹⁴¹, y la otra por Esquilache. Todo ello prueba que la suspensión del *Exequa-*

¹³⁷ Carlos III a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, libro 325.

¹³⁸ Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante A.G.M.A.E.), *Organización*, 3.542. Cit. en MARTINEZ CARDOS, J.: *Primera Secretaría...*, CI-CII.

¹³⁹ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 401.

¹⁴⁰ A pesar de las reticencias de Tanucci: ya en 1759 decía de él a Jaci: «Miraos mucho en la conducta que habéis de observar con Grimaldi; no otorguéis a este señor muchas gracias, no sea cosa que después tengáis que arrepentiros. Será siempre genovés, y por consiguiente atenderá constantemente a su negocio», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo I, p. 370. Venturi nos narra así la sucesión ministerial en 1763: «Ritirò poi questa misura (la suspensión del Exequatur), con gran dispetto del ministro Riccardo Wall, che si dimise, e con gran preoccupazione di Tanucci che diffidò, in un primo momento, di Grimaldi, che a Wall era succeduto nel ministero degli esteri, pensandolo proclive ad un compromesso col papa», VENTURI, F.: *Settecento riformatore*, Tomo II, *La Chiesa e la repubblica dentro iloro limiti, 1758-1774*, Torino 1976, p. 54. Tanucci sin embargo se equivocó con Grimaldi; éste continuó la línea de Wall: «La correspondencia diplomática entre Grimaldi y Tanucci modificó bastante el juicio que el ministro de las Dos Sicilias había formado del ministro español», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo III, p. 241.

¹⁴¹ Wall manifiesta su simpatía por Grimaldi al padecer los mismos problemas que él, la atribución interesada de filias y fobias relacionadas con su origen extranjero y la constante duda de su patriotismo: OZANAM, D.: «Política y amistad: Choiseul y Grimaldi. Correspondencia particular entre ambos ministros (1763-1770)» en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, Tomo I, *El rey y la monarquía*, Madrid 1989, p. 215, n. 7. De hecho, el embajador Rochefort afirma en un despacho a Halifax que «la última cosa que hizo antes de retirarse el general Wall, fue el dejar sus amigos a Grimaldi, que son los únicos que éste tiene aquí», 13 de enero de 1764, en COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, p. 135.

tur no significaba un cambio de política, como tampoco quiso significar un cambio de ministro. De hecho, el *Exequatur* volvió a activarse pocos años después.

4. LA EXCUSA: LA SALUD DEL SECRETARIO

La razón esgrimida tanto por Carlos III como por el propio ministro en sus respectivas correspondencias con Tanucci para la concesión del retiro a Wall, fue la de la creciente virulencia de los achaques, debidos a su vejez, que sufría desde un tiempo atrás:

«Habiéndose dejado vencer el Rey de las reiteradas humildes instancias, que le ha hecho el Excmo. Sr. D. Ricardo Wall para que le libertase del peso de sus empleos, en consideración a su avanzada edad y consiguiente débil salud (...) ha continuado hasta que llegó (...) el Excmo. Sr. marqués de Grimaldi (...) despachando en sus empleos a los pies de S. M. y recibiendo cada día más y más honras suyas»¹⁴².

Esta posible explicación ha sido considerada por la mayor parte de los historiadores como una disculpa. El más tajante al respecto es Ferrer del Río:

«Quejóse (Wall) de gran debilidad en la vista, se puso una pantalla verde sobre los ojos, fingió andar y manejar los papeles a tientas hasta cuando iba a despachar con el Monarca, y de esta suerte le predispuso y le ablandó (al rey) para que se dignara a relevarle del ministerio»¹⁴³.

Wall tenía casi 70 años por estas fechas, lo cual no le impidió prolongar su longevidad una década y media más.

Las quejas por su salud en la correspondencia que mantenía con Tanucci comienzan sospechosamente a aparecer poco después de la suspensión del *Exequatur*. Así se expresaba por ejemplo unos días antes de la aceptación de su dimisión:

«De algunos días a esta parte voy conociendo por una triste experiencia los molestos efectos de la vejez. Cada día me siento más débil; pero lo que más me ha consternado es la decadencia que experimento en la vista. Esto me desconcierta

¹⁴² *Gaceta de Madrid*, 11 de octubre de 1763. Puede decirse que fue la explicación oficial.

¹⁴³ FERRER DEL RÍO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, pp. 399-400. Ferrer del Río sigue en este punto a Coxe: «No pudiendo lograr lo que apetecía, creyó que debía valerse de un pequeño ardid, harto perdonable por cierto, a fin de conseguir su libertad y el reposo amado a que aspiraba. Empezó a quejarse de sufrir vahídos y de ir perdiendo notablemente la vista. A fin de probar mejor esta enfermedad supuesta, poco antes de presentarse ante el rey, frotaba los párpados con un unguento que producía una inflamación momentánea. Cuando salía, llevaba siempre antiparras y este ardid produjo el efecto apetecido, porque el rey, aunque muy a pesar suyo, aceptó la renuncia de tan buen servidor», COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, pp. 129-130.

porque me priva absolutamente de poder trabajar en las tareas de mi empleo con la aplicación que se requiere»¹⁴⁴.

En esta coincidencia se han basado algunos autores para considerar al *Exequatur* como el desencadenante de la dimisión.

Sin embargo, Escudero certifica que los achaques existieron: «La salud de Wall, verdadero eje del equipo ministerial se debilitó notablemente en el verano de ese mismo año (1762)»¹⁴⁵. Según Rosenberg, atravesó una breve crisis por estas fechas, siendo sustituido entretanto por Arriaga. ¿Existieron o no tales indisposiciones? ¿Pudo Wall engañar al rey, al embajador austríaco, e incluso al mismo Arriaga que le sustituyó? ¿Era la enfermedad una razón suficientemente poderosa como para abandonar todos sus empleos y buscar el retiro?

Existiesen o no, los achaques físicos no fueron normalmente causas suficientes para dimisiones semejantes: de hecho no habían sido pocos los ministros que, a pesar de la vejez y de la salud delicada, conservaron sus puestos hasta la muerte. El propio Arriaga sería posteriormente un ejemplo de ello. Detrás de la dimisión de Wall es evidente que se esconde algo más que una simple enfermedad o la certeza de la cercanía del final de su vida (vivió otros 14 años!): un verdadero deseo voluntarista de abandonar la corte. ¿Y por qué tal anhelo? Tal vez, al fin y al cabo, Wall sí se sentía enfermo, pero no en sus ojos, ni en su cuerpo. Tal vez tan sólo estaba cansado, afectado por un cuadro clínico actual de estrés crónico, motivado por el peso del trabajo, la responsabilidad y la presión a la que se veía sometido en la intrigante y peligrosa corte de Carlos III. Y el viejo «caballero» irlandés sabía de sobra lo que el cansancio podía acarrear en puestos de responsabilidad como el suyo: parálisis e ineficacia.

5. LA DIMISIÓN DE WALL: EL ÚLTIMO SERVICIO DEL «CABALLERO» IRLANDÉS

Carlos III no quería deshacerse de su ministro. Wall, a pesar de los achaques, no estaba tan enfermo como para verse impedido totalmente para desempeñar sus oficios; tampoco el desaire de la suspensión del *Exequatur* era, por sí solo, un motivo definitivo para abandonar el ministerio. Es bastante evidente que Wall quiso utilizar su salud como pretexto frente al monarca para que se le concediese el retiro. Pero, ¿qué motivo le llevó a pedir la dimisión?

La única respuesta posible es la siguiente: la honradez profesional. Aunque no exenta, como ya hemos entrevisto, de ciertos anhelos personales: D. Ricar-

¹⁴⁴ Wall a Tanucci, 23 de agosto de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹⁴⁵ ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo...*, Tomo I, p. 282. Se basa exclusivamente en los despachos de Rosenberg a Kaunitz, en concreto en uno de 12 de agosto de 1762, KLEINMANN, H. O.: *Berichte...*, Tomo II, p. 177.

do: «deseaba ardientemente pasar la vejez, que encanecía ya sus cabellos, hermanando la dignidad con el ocio»¹⁴⁶. Coxe también lo intuye:

«Era (Wall) muy superior a los cálculos de la ambición, y demasiado contento de haberse escapado de las tormentas de la vida política con extremada felicidad, para no renunciar a todo deseo de conservar ni sombra de influjo al salir del ministerio»¹⁴⁷.

Cierto era que la vida había colmado ya sus ambiciones y podía ser el momento para disfrutar de una más relajada ancianidad, distante del bullicio de la corte en la que tan bien se había desenvuelto. Cuando presentó su dimisión hizo tal cosa, no mendigar la continuidad, como habían hecho tantos otros ministros antes que él con idéntico gesto.

Pero, sobre todo, Wall percibía que estaba cercano el momento de ser más un lastre que una ayuda en el regio servicio: «Conozco que estoy en vísperas de chochar, y cuando yo no lo conozca lo conocerán todos, y el mal no tendrá ya remedio»¹⁴⁸. El sentido de su vida había sido servir a su amo y, tras décadas haciéndolo, su último servicio era un postrer alarde de profesionalidad.

Que Carlos III no estaba descontento con su ministerio puede deducirse de las medidas que tomó para honrar a Wall. Colmó de honores a su servidor: le concedía la plaza de gobernador del Real Sitio del Soto de Roma en Granada¹⁴⁹, unas rentas de 12.000 escudos al año¹⁵⁰ y el encargo de visitarle al menos una vez al año a Aranjuez. Conservaría su puesto de Consejero de Estado hasta 1772. Todavía recibiría algún encargo esporádico del rey, como su participa-

¹⁴⁶ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 248.

¹⁴⁷ COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, p. 130.

¹⁴⁸ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 401. También en GUTIERREZ DE LOS RIOS, C. (conde de Fernán Núñez): *Vida...*, p. 186. Añade luego: «Esta es una buena lección para los ministros ambiciosos y vanos. El fue tan poco uno y otro, que supo dejar en tiempo su empleo y que no obtuvo en él en los ocho años que le sirvió ni distinción ni pensión alguna».

¹⁴⁹ El Soto de Roma pertenecía al partido judicial de Santa Fé, y era denominado así por «una torre llamada de Roma que se halla a 700 varas al sur del linde de Fuentevaqueros (Villa), era en tiempo de los romanos el terreno de donde se sacaba el tributo correspondiente al distrito del término de Granada para las urgencias del Estado: los árabes (...) lograron convertir aquel recinto en un vergel precioso de la vega de Granada: y los Reyes Católicos, al tiempo de la conquista, reservaron para su patrimonio la porción que tuvieron por conveniente», MADDOZ, P., *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1849, Tomo XIV, p. 516. Situado en la vega del río Genil, el Soto de Roma fue entregado posteriormente a Lord Wellington como reconocimiento a su labor durante la Guerra de la Independencia. Sobre este Real Sitio: FERNANDEZ-MONTESINOS, M.: *Soto de Roma (Fuentevaqueros) 1753: según las respuestas generales del Catastro de Ensenada*, Madrid, 1990.

¹⁵⁰ Sobre las prebendas económicas: «Pocos días después anunciaba el diario oficial que a D. Ricardo Wall, además de los 12.000 escudos anuales como consejero de Estado, se le asistiría con el sueldo de teniente general retirado, conservándole los mismo honores y entrada», DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo III, p. 237, basándose en la *Gaceta de Madrid* de 18 de octubre de 1763.

ción en las Juntas de Abril y Mayo de 1766, tras los disturbios del motín de Esquilache¹⁵¹, o en 1769, cuando se le pidió que «cuando viniera desde el Soto de Roma a Aranjuez, como solía todos los años»¹⁵² inspeccionara las colonias recién creadas por Olavide en Sierra Morena¹⁵³.

La generosidad del monarca era clara a los ojos del ministro: «no hay género de honra, ni favor con que no haya señalado mis últimos días de Ministerio». Lo que concordaba con su felicidad al descansar al fin de los trabajos de las secretarías:

«Aseguro a V.E. que en medio de mis achaques y del dolor que me causa el separarme de sus reales pies estoy rebosando de el gozo que me causa el ver que S.M. está satisfecho de mis servicios. Los sueldos y las distinciones con que me concede mi retiro son mucho menos preciosos a mi vista y modo de pensar que las pruebas que me ha dado de su bondad y de estar persuadido de la rectitud de mis intenciones (...) Por otra parte voy también a mi retiro lleno de satisfacción y aún confieso que de vanidad por haber merecido la estimación de V.E.»¹⁵⁴.

Un año después el monarca aún recordaba los servicios de su ministro concediéndole la distinción de la Orden de San Genaro¹⁵⁵. Así se lo indicaba a Tanucci: «Grimaldi te diría el correo pasado de mi parte las gracias que he hecho, por las cuales habrás visto que no me olvido de quien me ha servido y me sirve bien»¹⁵⁶.

Las mercedes del rey no se quedaron ahí. La familia del ministro fue alcanzada de modo similar por esta oleada de reconocimientos a los servicios de su miembro más destacado. Así, por ejemplo, en 1763, se ordenaba caballero de Santiago al primo de D. Ricardo, D. Eduardo Wall y Purcell¹⁵⁷; a petición del

¹⁵¹ PINEDO, I.: *Manuel de Roda...*, pp. 93-94.

¹⁵² FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo III, p. 28.

¹⁵³ PERDICES BLAS, L.: *Pablo de Olavide (1725-1803). El Ilustrado*, Madrid, 1995, pp. 420-421.

¹⁵⁴ Wall a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹⁵⁵ «Me dice V. E. en carta del 21 del mes pasado, que el rey, nuestro señor, entre las gracias que se había servido hacer con motivo del matrimonio de la señora infanta Dña. María Luisa, había nombrado Caballeros de S. Genaro al marqués de Montealegre, a mí y a D. Ricardo Wall (...) Todo lo he comunicado al secretario de la Orden para su inteligencia y gobierno». Tanucci a Grimaldi, 13 de marzo de 1764, A.H.N., *Estado*, 6.349.

¹⁵⁶ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 412. Sin embargo Wall no era amigo de excesos: se retiró «habiendo rehusado el Sancti Spiritus cuando se concluyó el Pacto de familia», GUTIERREZ DE LOS RIOS, C. (conde de Fernán Núñez): *Vida...*, p. 186.

¹⁵⁷ Por estas fechas coronel de dragones, agregado al Regimiento de Belgia, había nacido en Clochla, Irlanda, y había llegado a España 7 años atrás, coincidiendo con el encumbramiento en la Secretaría de Estado de su primo. Palácio Atard lo confunde con un hermano, PALACIO ATARD, V.: *El Tercer...*, p. 275. Se debe esta equivocación a que los padres de Ricardo y Eduardo Wall, se llamaban ambos Matías. Sin embargo sus abuelos eran Jacobo Wall y Patricio Wall respectivamente. Para comprobarlo ver CADENAS Y VICENT, V. de: *Los Caballeros de la Orden de Santiago. Siglo XVIII*, IX tomos, Madrid 1978-. Kratz indica que es su sobrino, KRATZ, G.: *El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias*, Roma 1954, p. 203. Tan sólo Danvila y Collado acierta en el pa-

propio Ricardo, su primo recibiría la encomienda de Peñausende, de la que había sido titular él mismo¹⁵⁸. En 1770 contraía un ventajoso matrimonio con la tercera condesa de Armúdez, María de la Concepción Manrique de Lara. Su primogénita fortalecía los lazos con la nobleza mediante su enlace con Juan María Pignatelli de Aragón, hijo del conde de Fuentes¹⁵⁹. El agradecimiento a de D. Eduardo a su primo se habría de prolongar durante generaciones. En su honor, el segundo de sus hijos se llamaría Simón Ricardo, y a la tercera, Ricarda. Todavía entre sus nietos, la hija de Simón Ricardo, portaba el mismo nombre.

Finalmente, otro miembro de la familia, Agustín de Wall y Morrison, también tomaba el hábito de Santiago en 1772, gracias al respaldo del prestigio del ex-ministro:

«A la prueba de nobleza se añade que D. Ricardo Wall, teniente general de los reales ejércitos de S.M., primer secretario del Despacho Universal de Estado, Caballero de la Real Orden de San Genaro, y del de Santiago, y comendador que fue de Peñausende, es de la misma varonía paterna del pretendiente y pariente en grado conocido»¹⁶⁰.

No cabe, a la luz de todas estas pruebas, que la separación de Wall de sus oficios fuera por un lado traumática para el ministro, dadas las prebendas y honores, ni deseada por el monarca por otro, ya que se lamentó sinceramente de ella ante sus más íntimos colaboradores.

6. EPÍLOGO: WALL PROTAGONISTA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

D. Ricardo Wall y Devreaux, fue testigo y actor en los tres primeros reinados borbónicos de la Península Ibérica, a la que llegó como paje y a la que sirvió con el remo, la espada y la pluma. El mito del «caballero irlandés» no nos

rentesco que les une: «Cuatro días antes de que se publicase en Madrid la rendición de la colonia de Sacramento, D. Ricardo Wall decía al Marqués de Grimaldi, embajador de España en París, que por su primo, D. Eduardo Wall había tenido el rey tan agradable noticia». Y cita la carta de Wall en la que cuenta estos sucesos a Grimaldi: A.G.S., *Estado*, 4.553.

¹⁵⁸ «Atendiendo al extraordinario mérito, que ha hecho por espacio de siete años el coronel D. Eduardo Wall, en las expediciones contra los indios rebeldes a que le destinó el teniente general D. Pedro Ceballos, gobernador de Buenos Aires; y últimamente en sitio y conquista de la Colonia del Sacramento, de cuya noticia fue el portador, movieron mi real ánimo a premiarle con una encomienda de las órdenes militares; pero habiendo insistido conmigo su primo Don Ricardo Wall, de mi Consejo de Estado, y primer secretario de Estado, y del Despacho, en desprenderse a tal fin de la de Peñausende, que obtenía en la Orden de Santiago; vine en concederle el pase de ello, al mencionado D. Eduardo Wall», A.H.N., *Ordenes Militares*, carpeta 261, 19. La operación se formalizó en julio: *Mercurio Histórico Político*, julio de 1763.

¹⁵⁹ Quien según Coxe era amigo de Wall, COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo VI, p. 135.

¹⁶⁰ A.H.N., *Ordenes, Santiago*, 9.021.

presenta tal vez al político más brillante del siglo, pero sí a un hombre fuera de lo común, poseedor de virtudes como la dignidad, la astucia y, sobre todo, la lealtad a su señor:

«Perspicaz, hombre de mundo y de ameno trato, contábase Wall entre los que tienen don de gentes: su jovialidad característica no le abandonaba en las conferencias de oficio ni en las conversaciones familiares»¹⁶¹.

Escudero lo retrata como un hombre «sin grandes ambiciones personales, tolerante y flexible (...) independiente, digno y nada extremado»¹⁶². Un personaje paradigmático en el s. XVIII español, un auténtico paraíso de fortuna donde todos tenían su oportunidad de medrar: hidalguillos, emigrantes extranjeros y refugiados políticos:

«Gracias a su despejo natural y a su carácter insinuante, y a su ardimiento en las batallas, peleando a las órdenes del marqués de Ledesma y después a las del duque de Montemar y ganándose el afecto, medró (...) Como en el campamento la voluntad de los generales, se sabía captar en la corte la confianza de los ministros»¹⁶³.

Más expresivamente, en palabras de Vaca de Osma:

«Interesante personaje este don Ricardo Wall, digno de ser protagonista de novela o de película, lo que no rebaja en absoluto su categoría política y su valor militar, que le hicieron llegar a ser un verdadero primer ministro, y mariscal de campo y teniente general, sin el menor abuso en cuanto a caudales, honores y valimientos, lejos de algunos de los personajes que antes y después de él ejercieron altos cargos públicos»¹⁶⁴.

Su dimisión y su retiro en el Soto de Roma ayudan a alimentar su mito con nuevas cualidades¹⁶⁵: la honradez y la humildad. El mismo las destacaba:

¹⁶¹ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 248.

¹⁶² ESCUDERO, J. A.: *Los Orígenes del Consejo...*, Tomo I, p. 288. En la misma línea que Palacio Atard: «Carente de ambición, ni trató de encaramarse ni pretenció sostenerse en la altura. Tuvo habilidad suficiente para evitarse enemigos», PALACIO ATARD, V.: *El Tercer...*, p. 116.

¹⁶³ FERRER DEL RIO, A.: *Historia del reinado...*, Tomo I, p. 247.

¹⁶⁴ VACA DE OSMA, J. A.: *Carlos III*, Madrid 1997, p. 155.

¹⁶⁵ Allí moriría en las navidades de 1777 (el 26 de diciembre) 14 años después de dejar la secretario de Estado «querido y respetado de los habitantes de la comarca» según MARTINEZ CARDOS, J.: *Primera Secretaría...*, CI, n. 219. Fue enterrado en aquel mismo lugar. Pérez Bayer lo confirma: «(...) fui al Rl. Sitio llamado Soto de Roma: llevóme allá más que mi curiosidad el deseo de ver el sepulcro del Exmo. Señor Dn. Ricardo Wall mi gran favorecedor y patrono, a quien desde que tuve el honor de conocer, debí un amor y cariño paternal. Dista este sitio de Granada como dos leguas y media hacia poniente...» PEREZ BAYER, F.: *Diario de viaje desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782*, Tomo I, B.N., *Manuscritos*, 5.953, fol. 130. El diario se completa con el manuscrito 5.954.

«La prudencia del Rey ha sabido reemplazarme con muchas ventajas y sin ser falsa modestia mía confieso a V.E. que cedo a este ministro en todas las calidades de tal, sino es en la del celo y amor con que he servido a mi Amo»¹⁶⁶.

Méritos más que suficientes como para reivindicarle como protagonista de la Historia de España.

Protagonista de hechos capitales del siglo, como el complot contra Enseñada, el «año sin rey», el Tercer Pacto de Familia; inspirador de otros, como la propia expulsión de los jesuitas. Una relevancia que ha sido obviada por los historiadores hispanos que apenas han dedicado algunas páginas marginales para explicar su pensamiento o su vida. Sin duda exagerado, Tanucci nos explicaba, ya en 1763, las causas de este desprecio: «Los españoles no quieren ni sufren héroes ni forasteros»¹⁶⁷.

Hasta la tumba llegarían sus virtudes:

«De allí fuimos al nuevo cementerio, junto al cual se ha de edificar la nueva Parroquia de aquel sitio, a donde ha muy poco se trasladaron los huesos del Sr. Ricardo (...) vi ambos sepulcros, el del Señor D. Ricardo tiene lápida e inscripción»¹⁶⁸.

Nada de ostentaciones, nada de entierros pomposos, nada de mausoleos o capillas en las iglesias más lujosas de la comarca. Un simple cementerio. Una lápida y una inscripción.

Según Coxe «residió unas veces en el Soto de Roma, palacio real situado en la vega de Granada, y otras en el Mirador, hermosa casa de campo inmediata a tan nombrada ciudad. Amáronle los habitantes de aquel reino por su cortesía, elegancia de modales, buenas costumbres, y gracias a los socorros caritativos que se complacía en distribuir. Murió en 1778». COXE, G.: *España bajo el reinado...*, Tomo IV, p. 130. Tan sólo se equivoca en la fecha de su fallecimiento, sin duda por su cercanía al fin del año 1777 (26 de diciembre). Conocemos la fecha exacta por la *Gaceta de Madrid*, 13 de enero de 1778.

¹⁶⁶ Wall a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

¹⁶⁷ Tanucci a Centomani, 6 de agosto de 1763, citado por DANVILA Y COLLADO, M.: *Reinado...*, Tomo II, p. 238.

¹⁶⁸ PEREZ BAYER, F.: *Diario de viaje...*, Tomo I, B.N., *Manuscritos*, 5.953, fols. 131-132.